

PRÓLOGO.

El presente trabajo, que el Señor en su gracia y benevolencia me ha permitido terminar, es para ser leído con mucho cuidado y atención, procurando entender cada línea. Esto no será atractivo para la mayoría, pero nunca será sin provecho profundizar en la bendita palabra de nuestro Dios.

Ruego a cada lector que lo lea con paciencia hasta el final y a aquellos que no podrán hacerlo, que a lo menos lean atentamente el último par de páginas.

¡Qué todo sea para la gloria de Dios y solamente para su gloria!

3.2.- Hijos y padres. 6: 1-4.

La familia es la unidad básica de la sociedad y el hogar el lugar donde más realmente debe manifestarse la realidad del poder del evangelio y donde, por lo tanto, éste debe brillar más intensamente. Esto requiere que el hogar esté fundado en Cristo, que Dios sea su rey efectivo, que cada miembro sea salvo tan pronto como tenga edad suficiente para aceptar personalmente a Cristo como su salvador para ello y sea alimentado y crezca espiritualmente. De esta manera sus miembros se amarán y respetarán mutuamente y el hogar será una pequeña iglesia, que honrará al Señor y hará que su nombre sea glorificado.

Nunca será demasiado tarde para corregir los pecados y los errores pasados y para empezar de nuevo.

El matrimonio está bajo el cuidado de Dios. Su voluntad es que sea único, puro y permanente. Si los padres están unidos así, la honra de la familia es segura y será el fundamento de una reverencia y disciplina amorosamente aceptada que traerá ricos frutos en la vida de los hijos. Al contrario, la desunión de los padres será deshonor para el hogar y traerá descrédito al evangelio y funestos resultados para la vida de los hijos. Por eso, después de tratar con bastante extensión los deberes recíprocos de los cónyuges, pasa el apóstol a tratar con cierta brevedad las relaciones entre padres e hijos.

Versículo 1:

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo”.

Hay aquí tres ideas:

- 1.- El hecho (los hijos deben “obedecer” a los padres);
- 2.- El modo (deben obedecer “en el Señor”); y
- 3.- El motivo de la obediencia (“esto es justo”).

El término “hijos” (“tekna”) usado aquí incluye a los hijos y las hijas. La traducción exacta de comienzo del versículo 1 es: “Vosotros, los hijos...”, que es un modo enérgico de llamar la atención de aquellos a quienes va dirigida la exhortación que sigue.

La obediencia implica disposición para oír, prestar atención, aceptar como bueno o correcto lo que se manda y actuar en conformidad con todo ello y, en el caso de los hijos, dejarse guiar prudentemente en su vida por mentes más maduras. Por esto la obediencia está íntimamente ligada a la humildad y también a la sabiduría.

Un hogar en que la reverencia hacia Dios y el respeto de los padres entre sí se traspa de los padres a los hijos crea una atmósfera de paz, pureza y unidad que permite que las vidas jóvenes se desarrollen con seguridad y hermosura.

La prudencia con que los padres deben dirigir a sus hijos y éstos aceptar esa dirección se refiere a que hay que reconocer que los tiempos, las costumbres y la realidad misma de la vida van cambiando, por lo cual no se debe imponer a los hijos que sigan en detalle los hábitos, costumbres y modo de vida de los padres, pero sí sus principios o filosofía cristiana de vida. A medida que crecen los hijos, deben ser capaces de diferenciar lo accesorio de lo fundamental en el ejemplo y enseñanza de sus padres.

Pero la actual rebeldía juvenil, que es a menudo el resultado del fracaso de los padres en la enseñanza y dirección de sus hijos, es inaceptable y produce muchos resultados indeseables. Es, en el fondo, rebeldía contra Dios y sus leyes y otra manifestación del humanismo prevaleciente.

En toda época, cultura y pueblo se ha reconocido este deber de obediencia a los padres y cuando ha sido practicado efectivamente ha producido naciones poderosas, pero también en todo tiempo ha habido lamentos por la desobediencia de los hijos, lo cual es, por lo tanto, un problema universal y primer antecedente de la caída de muchos pueblos. (El lamento más antiguo, en este sentido, del cual tengo conocimiento, proviene de un documento asirio).

En cuanto a la iglesia, las congregaciones son fuertes, felices y prósperas cuando en los hogares reina una obediencia sabia, prudente y amorosa, mientras que la rebeldía de los hijos tiende a debilitarlas y a destruirlas.

La obediencia se exige por igual respecto del padre como de la madre (gonéusin: progenitores), por lo cual es un gran error tanto que el padre deje la responsabilidad de obedecer para que la cultive e imponga sólo su esposa, argumentando que él no puede hacerlo, porque pasa la mayor parte del día fuera de la casa, como que la madre descargue toda la responsabilidad en su marido y lo convierta en el ogro al llegar al hogar recibe todas las quejas del día, para que castigue en consecuencia. Este es otro aspecto vital en que debe haber unidad, armonía y acuerdo entre los cónyuges cristianos y otra razón para que ambos cónyuges aprovechen todo tiempo posible para pasar con sus hijos, jugar y conversar con ellos, salir toda la familia de paseo, ir todos juntos a la iglesia y ser sabios los dos como uno solo para interesarse en los problemas y preocupaciones de sus hijos, que a ellos, como adultos, pueden parecerles pequeños, pero que no lo son para sus hijos inmaduros. Se requiere el más tierno y sabio amor para esto. Un amor sabiamente demostrado, con oración, conduce a la obediencia de corazón y es uno de los más grandes bienes que podemos hacer a nuestros hijos, muchísimo más que darles educación y una profesión con qué ganarse la vida.

La obediencia debe resultar de la relación natural entre padres e hijos: aquellos los cuidan y sostienen y los hijos les obedecen, pero los hijos no deben ser movidos a obedecer a sus padres únicamente porque reconocen su deber natural, sino porque les aman. En este sentido la obediencia de los hijos es

paralela con nuestra propia obediencia a Dios, que debe ser por deber y por amor. También es paralelo el hecho de que los padres no deben exigir obediencia por un afán de mando y de poder, es decir, para satisfacerse a sí mismos, sino únicamente por el bien de sus hijos, así como Dios no obtiene ningún bien de nuestra obediencia, sino que la exige para nuestro propio bien. Por esto los padres deben ser firmes en enseñar, exigir e imponer con sabiduría la obediencia, conscientes del gran bien que recibe para sí mismo en la vida una persona disciplinada. Es una falla enorme, y revela falta de amor sabio y efectivo, no darle importancia a la desobediencia de los hijos, sea por negligencia, comodidad o abulia (falta de voluntad).

En segundo lugar, tenemos el modo de la obediencia: “en el Señor”. La obediencia es también un deber religioso. Significa: “como corresponde a los que viven unidos en el Señor” (Leal) o “por respeto al Señor”. La obediencia es la esfera de nuestros deberes con Dios. Los padres tienen que entender esto y exigirla buenamente, como parte de la formación espiritual de sus hijos, de la cual son los PRINCIPALES responsables. Por lo tanto, la obediencia debe prestarse a causa de la relación de los padres entre sí, como por la relación natural de los padres con los hijos.

En este sentido, la obediencia filial es parte inseparable de la vida genuinamente espiritual de los hijos: obedecen porque se reconocen pertenecientes a Cristo, como parte de su cuerpo, porque lo reconocen como Salvador y Señor, porque le aman, es decir su obediencia es una obediencia cristiana. Obedecen por elevados motivos, porque este es la voluntad del Señor y porque es un mandamiento del Señor, la obediencia trae bendiciones de Dios. La desobediencia es, por lo tanto, impiedad, rebelión contra Dios:

“Que habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes a los padres, ingratos, sin santidad”

II Timoteo 3: 7.

Como esta obediencia es “en el Señor” se entiende que los hijos no tienen obligación de obedecer a sus padres en lo malo o cuando ellos les exigen que cometan pecado.

En tercer lugar, el motivo de la obediencia es que es justa, es decir, porque básicamente la ley de Dios lo demanda, como lo señalará el apóstol en el versículo siguiente. Esto significa que la obediencia de los hijos a los padres es un principio divino y, por lo tanto, inmutable. No es una simple ley civil o la supervivencia de un antiguo prejuicio.

Como hemos dicho antes, el concepto de justicia implica siempre dos partes: una que tiene derechos y otra que tiene obligaciones legalmente establecidas. Hay justicia cuando el que tiene obligaciones le da a la parte que tiene derechos lo que le corresponde y es justo el individuo que obra en conformidad con lo dicho. Desde este punto de vista la obediencia de los hijos es

de fundamental importancia, porque es parte de la justicia que todos los salvados debemos practicar.

La obediencia a los padres es la forma primaria del deber. El cumplimiento del deber durante el resto de la vida queda determinado en gran medida por lo que se aprende en el hogar, cuando el niño es moldeable con relativa facilidad. Mucha rebeldía posterior contra toda forma de autoridad reconoce su origen en una enseñanza errónea o en falta de enseñanza en el hogar. ¡Cuán grande es, entonces, la responsabilidad de los padres en la enseñanza justa o injusta de sus hijos y cuántos hijos, ya adultos reprochan amargamente a sus padres por haber fallado en esto, cuando recogen en su propia vida el mal fruto de su indisciplina y rebelión no corregida, por ellos! Por eso los padres tienen que orar para que el Señor les dé sabiduría en todo y muy especialmente en la difícil tarea de educar a sus hijos, tienen que amar la Palabra de Dios, estudiarla, hacerla propia y obtener de ella los principios de vida que deben inculcar con amor y energía a sus pequeños, no como un libro de “recetas”, sino como la Palabra de Dios encarnada como un todo en su mente y corazón, por lo cual determine sus actitudes y reacciones de acuerdo a la voluntad de Dios.

La obediencia “en el Señor” y reconocida como justa será sincera y voluntaria, cuidadosa y permanente, no será meramente formal y externa, sino que brotará de las profundidades de un corazón que ama, como Jesús obedecía a su Padre celestial (Juan 4: 34; 5: 30; 6: 38; 8: 29; Filipenses 2: 8) y a sus padres terrenales:

“Y descendió con ellos y vino a Nazareth y estaba sujeto a ellos...”

Lucas 5: 51.

Versículo 2:

“Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa”.

“Honra a tu padre y a tu madre” es una cita de Éxodo 20: 12 y Deuteronomio 5: 16. **“Honrar”** significa: “tratar con respeto, con miramiento, consideración o deferencia y veneración”, es decir con respeto extraordinario, lo que incluye su manifestación verbal y también la ayuda y socorro material cuando es necesario:

“Y él, respondiendo, les dijo: ¿Por qué también vosotros traspasáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios mandó, diciendo: Honra al padre y a la madre: El que maldijere al padre o a la madre, muera de muerte. Mas vosotros decís: Cualquiera que dijera al padre o a la madre: Es ya ofrenda mía a Dios todo aquello con que pudiera valerte, no deberá honrar a su padre o a su madre con socorro. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición. Hipócritas,

bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón lejos está de mí. Mas en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres”

Mateo 15: 3-9.

De esta “honra” nace una obediencia verdadera y propia. Es este mandamiento el que le da fuerza a su fruto, que es la obediencia cordial. La obediencia es el modo insubstituible de honrar a los padres. Por la obediencia esta honra no es un sentimiento débil y variable, sujeto a las cambiantes circunstancias, sino una actitud fuerte y práctica, no un mero asunto de palabras huecas, sino una realidad fuerte de la conducta diaria.

“Que es el primer mandamiento con promesa”. Si se leen atentamente los diez Mandamientos (Éxodo 20: 2-17; Deuteronomio 5: 6-21) se notará que el segundo mandamiento incluye también una promesa y que ninguno de los mandamientos siguientes (sexto al décimo) tiene asociada expresamente una promesa. Como no se puede suponer que Pablo ignorara esto, hay que entender que el apóstol, inspirado por el Espíritu Santo, quiere decir que el mandamiento tiene dos características separadas:

1º Es de gran importancia, no un precepto menor, puesto que los hay menores, aunque todos son mandamientos divinos:

“De manera que cualquiera que infringiera uno de estos mandamientos MUY PEQUEÑOS...”

Mateo 5: 19a.

2º Tiene asociada, además, una promesa.

Honrar a los padres es una parte importante de la voluntad de Dios para sus hijos, lo que hay que destacar, debido al descuido cada vez mayor y a la posición contra él del humanismo y el materialismo, lo que se expresa en la eutanasia y la prohibición de todo castigo a los hijos, en un número creciente de legislaciones. Esta oposición es una clara señal de los últimos tiempos del olvido de Dios y de la rebelión contra él:

“Murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia”

Romanos 1: 30-31;

“Que habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes a los padres, ingratos, sin santidad”

II Timoteo 3: 2.

Nótese que la única restricción bíblica de esta honra debida a los padres en el caso de la necesaria desobediencia cuando dan una orden contraria a la clara voluntad de Dios. En todo lo demás, aunque no se hayan portado bien, aunque no hayan sido sabios para educar, merecen ser honrados en el sentido amplio que vimos y Dios lo requiere así:

La promesa se da en el versículo 3.

Versículo 3:

“Para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra”.

O sea: “para que prosperes y vivas muchos años”.

La promesa literal contenida en el mandamiento citado es: “porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da” (Éxodo 20: 12b) o: “para que sean prolongados tus días y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da” (Deuteronomio 5: 16b).

La promesa original se refería al pueblo de Israel y a la tierra de Canaán, que era lo que Dios le dio a su pueblo. Pero el apóstol, inspirado por el Espíritu Santo, nos muestra que la promesa era general para todo hijo de Dios en cualquier parte de la tierra. Naturalmente que esto no podía decirse literalmente en las circunstancias en que estaba Israel cuando recibió la ley, ni tampoco mucho después, sino hasta cuando vino Jesucristo y mostró que el espíritu y aplicación de la ley eran muchos más profundos, exigentes y amplios que lo que podía verse en la letra y en la superficie de ella. Otros claros ejemplos de esto los da Jesús mismo en Mateo 5: 20-22, 27-28, 31-32, 38-39.

La promesa no puede tomarse como terrenalmente literal, porque todos sabemos que hay buenos hijos, obedientes y respetuosos de sus padres que o mueren jóvenes (y aun niños) o no disfrutan de prosperidad material en la tierra. En tales casos creemos que hay otros bienes mayores que éstos que Dios les da. En el caso de la muerte temprana, véase, por ejemplo II Corintios 5: 1-8 y Romanos 8: 19-23 y en el falta de prosperidad material: I Timoteo 6: 6; 4: 8; Salmo 4: 6-8; Proverbios 15: 16.

Sin embargo, la obediencia de corazón de los hijos a padres piadosos, prudentes y llenos de amor SABIO (no un débil sentimentalismo, ciego, ignorante y sin discernimiento), que produce en los hijos una vida de laboriosidad, honradez, responsabilidad en todo sentido (hacia los demás, hacia sí mismos y en relación con las actividades que desarrollan), moderación, fidelidad y amabilidad son una garantía y ofrecen una alta probabilidad de proporcionar una vida prolongada y materialmente próspera. Toda regla tiene sus excepciones, pero lo normal es que suceda lo que dice esta promesa.

Aunque no es posible tener una estadística sobre esto, es evidente que una persona irrespetuosa con sus padres que, por esa razón, vive una vida entregada a los vicios, a una conducta sexualmente inmoral o deshonesto en los negocios, con sus malos efectos biológicos (salud), psicológicos (tensiones) y sociales (perpetuo conflicto con el prójimo y la sociedad, que frecuentemente llevan al suicidio o al crimen) tiene mucho menos probabilidad de vivir larga, próspera y pacíficamente.

Por otra parte, el objetivo de lo prometido no es un fin en sí mismo, sino sólo un medio para algo superior: la larga vida es para disfrutarla en comunión y servicio a Dios, como anticipo de lo que será esta vida eterna en el cielo, y la prosperidad es para usar los bienes materiales recibidos por la bondad y misericordia de Dios en su obra, y en este sentido es muy posible que los hijos obedientes, que tienen una vida corta, disfruten plenamente, sin embargo, del objetivo para el cual se promete una vida larga o próspera. María Paz vivió sólo diez años. Falleció de leucemia, pero conoció al Señor durante su último año de vida. En ese corto tiempo llevó cinco almas a los pies del Señor, seguramente más que las de muchos asistentes a una iglesia llevan durante toda su vida. Andreíta Soto vivió aún menos, pero su luminoso testimonio como hija de Dios trajo a Cristo a lo menos a siete almas y permitió testificar el evangelio a cientos de personas.

Versículo 4:

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadles en disciplina y amonestación del Señor”.

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos”. La conjunción “y” indica que los hijos tienen deberes para con sus padres, pero que también los padres tienen deberes para con sus hijos, un ejemplo más del notable equilibrio de las demandas del Señor expresadas en las Escrituras. Los padres deben mostrarse dignos de la obediencia de los hijos: a los hijos se les exhorta a la obediencia; a los padres, a la gentileza.

El término “padres” se refiere aquí restringidamente a los padres, no a las madres, seguramente porque la responsabilidad del gobierno del hogar corresponde al padre, pero que no se pretende excluir a la madre de la educación y de la administración de la disciplina se puede verificar por Proverbios 1: 8; II Timoteo 1: 5, que implica la influencia decisiva; I Reyes 15: 2-3, 9-11; II Reyes 8: 26-27, 14: 1-3; 15: 1-3, 32-34; 18: 1-30; 21: 1-2, 19-20; 22: 1-2; 23: 31-32, 36-37; 24: 18-19; etc.

Los padres necesitan pedir mucha sabiduría a Dios para formar, educar, disciplinar y corregir a sus hijos, porque un error de su parte puede hacerlos apocados, inseguros, temerosos, débiles y desgraciados:

“Padres, no irritéis a vuestros hijos, porque no se hagan de poco ánimo”

Colosenses 3: 21,

o bien, rebeldes o consentidos.

“Provoquéis a ira” significa “irritéis” . Se provoca a ira a los hijos cuando no se toma en cuenta que tienen sus propios sentimientos, voluntad e intereses y se les trata como animales o cosas:

Ejemplos de esto son:

- 1.- El uso de un vocabulario duro, insultante o vejatorio;
- 2.- La imposición de la propia voluntad del adulto, porque “aquí mando yo”, arbitrariamente, sin que el hijo pueda comprender la razón de lo que se le ordena. Algunos creen que así se enseña a obedecer, pero esto no produce la obediencia cordial, que es la única que vale la pena, sino obediencia por miedo y rebeldía e ira;
- 3.- La interrupción sin necesidad de un juego, que para el niño no es una simple distracción, sino algo tan importante como el trabajo para el adulto;
- 4.- Castigo en los que el hijo no logra comprender la relación entre la falta y su castigo, por lo cual, lo siente o estima injusto y cruel. Los niños tienen un sentido hipercrítico de justicia hasta su temprana juventud. Esto ocurre, por ejemplo, cuando la madre va guardando todas las quejas del día contra los hijos, para que el padre castigue cuando llega al hogar después de su trabajo, especialmente si son muy pequeños y también cuando las órdenes son apresuradas, no meditadas y confusas, de modo que el hijo tiene que adivinar lo que su padre está pensando, lo cual, naturalmente, es imposible, o cuando falta una norma invariable de conducta aplicada en el hogar, por lo cual lo que en un momento se deja pasar o se celebra, después se castiga, tal vez severamente;
- 6.- Castigos por trivialidades: sin estar enojado, ni actuar deliberadamente, el hijo quiebra algo que no daña mayormente (y aunque sea algo muy valioso o estimado) y por esto recibe un grito o un golpe. Lo mismo ocurre cuando se le reprende duramente porque se ensució o se le dan órdenes triviales, que no tienen ninguna importancia para su formación;
- 7.- Exigencia de algo para lo cual el hijo no está suficientemente desarrollado, física o psicológicamente; promesa que no se cumple de un premio o un regalo.

Todo esto significa un trato duro, opresivo, injusto, torpe o necio. Estas y otras conductas no sabias provocan enojo justificado, resentimiento, pérdida del amor, cariño y afecto y hasta rebeldía abierta o secreta, que luego influirá negativamente en la vida adulta y en la relación con los demás seres humanos.

Por otra parte los padres no deben actuar en tal forma que consigan evitar siempre el enojo de sus hijos. Es muy perjudicial permitir que los hijos consigan lo que les dé la gana con explosiones de ira, enojo, llanto o gritos. En tal caso se les mimas, se les idolatra y sus fantasías y caprichos se convierten en ley del hogar, no su verdadero bien. Si lo que el hijo desea es inconveniente, los padres deben tener la **ENTEREZA, LA FUERZA DE CARÁCTER** para imponer su voluntad a la

voluntad caprichosa del niño o del adolescente y aún del joven. Ha causado y sigue causando un gran daño a los niños la teoría de que hay que dejarlos hacer libremente, sin contrariar jamás sus deseos, para no producirles supuestos “traumas”. Nada más opuesto a un sano instinto paternal que contraria sin razón los deseos de un hijo, pero cuando nos creemos en la necesidad de hacerlo, debemos estar seguros que procedemos por su propio bien, no por una pasión personal que se opone a la del hijo, que actuamos con justicia. Exteriormente el niño, el adolescente o el joven rechazará nuestra negativa, pero en su fuero interno no dejará de reconocer la justicia de nuestra actitud.

No contrariar jamás los deseos caprichosos de los hijos asegura un árbol que crecerá sin tutor, contrahecho, torcido, o un barco sin timón ni brújula, una persona débil ante la vida. Eso es lo que se llama “consentir”, que es el extremo opuesto a “provocar a ira”, pero que produce los mismos resultados funestos. ¡Cuán clara es la Escritura en relación con estas conductas!

“La vara y la corrección dan sabiduría, mas el muchacho consentido avergonzará a su madre”

Proverbios 29: 15.

Un terrible ejemplo de esto lo tenemos en II Samuel 13: 1-29.

No debe extremarse la estrictez imprudente y necia, pero tampoco debe consentirse a los hijos. Se requiere equilibrio entre estos extremos, sin olvidar jamás que el hogar paterno es generalmente un paraíso para el niño, en comparación con la dureza de la vida que tendrán que enfrentar por sí mismos en días no muy distantes.

Lo que el Señor quiere es que los niños sean tratados con bondad, recordando que los tenemos relativamente poco tiempo con nosotros, pero no es bondad verdadera tratarlos en tal forma que se les evite toda dificultad y restricción, porque eso les llevará a ignorar lo que es una verdadera obediencia. Fomentará la falta de respeto a los mayores y no creará hábitos de negación de sí mismos y será el antecedente de vidas egoístas a veces hasta lo monstruoso, criaturas mimadas, que llevarán una vida adulta inútil y miserable (Findlay).

Los padres que provocan a ira a sus hijos y los padres consentidores deben saber que tendrán que dar cuenta después de su mayordomía en esto y que pueden tener que hacerlo con un inconsolable dolor si fracasaron. Por lo tanto esta exhortación no tiene por objeto que los padres mimen o consientan a los hijos, pero “prohíbe el trato injusto, exigencias crueles, insistencia egoísta en la autoridad, tales que produzcan en el corazón del hijo un enconado sentido de injusticia” (Erdman). En este sentido hay que tomar muy en cuenta que Dios nos impone su autoridad, pero para nuestro bien, como efecto de su gloria.

“Sino criadlos en disciplina”. Esta es la parte positiva del asunto sobre la cual se han escrito y siguen escribiendo innumerables libros, artículos y se realizan incontables cursos y seminarios. Me limito a lo más esencial.

“Criados”: este verbo es el mismo usado en 5: 29. Significa: “alimentar, sacando el alimento de la propia sustancia de los padres” (M. Henry), lo cual incluye la disposición de privarse hasta del alimento necesario, para que no les falte a sus hijos y esto como una disposición efectiva, no como meras declaraciones emotivas. Cierta vez, cuando todos los dirigentes de la iglesia nos encontrábamos en otros lugares, una hermana cayó al suelo cerca de su casa, desmayada de hambre, porque no había comido nada durante tres días, para dejar lo poco que tenía para sus hijos. Incluye también la negación de sí mismos en cuanto a carácter, tiempo, dominio propio, dedicación para ocuparse de los hijos y, fundamentalmente, el cultivo de una elevada vida espiritual y genuino desarrollo espiritual, para tener nosotros el principal alimento que nuestros hijos necesitan y así poder dárselos, puesto que no podemos dar lo que no tenemos.

Tenemos que parecernos a nuestro Señor:

“El que dice que está en él debe andar como él anduvo”
I Juan 2: 6.

Muchísimos fracasos en la crianza de los hijos se deben a nuestra mala o débil relación con Dios. La terquedad y rebeldía de los hijos pueden deberse a la actitud de los padres.

Un hombre tenía el hábito de irse a beber a una cantina cuando llegaba a su casa después del trabajo. Un día en que había nevado salió como de costumbre, pero después de caminar algunos metros sintió que alguien lo seguía, por lo cual se volvió muy enojado. Entonces vio a su hijo pequeño que iba detrás de él tratando de pisar en las huellas que había dejado impresas en la nieve. Irracundo, le gritó: “¿Qué haces?”, a lo que su hijo le respondió: Voy siguiendo las pisadas de papá. El hombre no pensó en el sentido directo que estas palabras tenían en el lenguaje infantil, sino en el ejemplo que estaba dándole a su hijo, por lo cual cambió decididamente su conducta.

La personalidad de los hijos depende muchísimo de la de sus padres, tanto por las tendencias genéticas como por el ejemplo.

Criar es más que enseñar, advertir, castigar y corregir: es darle a los hijos amplia luz espiritual, proporcionarles un ambiente de amor y piedad de corazón, protegerlos de toda mala influencia que pueda evitarse. Incluye toda instrucción, influencia o ejemplo que afecte positivamente la formación de la personalidad de nuestros hijos. Sin embargo, la mejor crianza no hace cristiano a un niño, aunque el ejemplo de sus padres piadosos contribuye mucho a que acepten sincera y tempranamente a Cristo.

El hogar cristiano debe ser pacífico y alegre, donde reinen la comprensión y la paciencia: esto es decisivo en la crianza de los hijos. En este sentido, los malos ejemplos, como el mal genio, la violencia, el lenguaje sucio o hiriente, el chisme y

la murmuración, el descuido de la comunión con Dios, la falta de amor a Dios y a su Palabra, etc., serán seguidos casi seguramente por los hijos.

“En disciplina”. El vocablo griego es “paidéia”, que significa estrictamente: “tratar como un niño”. En castellano, “disciplina” puede ser sinónimo de “instrucción”, “enseñanza” o “castigo”. En el Nuevo Testamento significa: “educación”, “instrucción o entrenamiento” y “alimentación” de un niño (Efesios 6: 4); “institución o establecimiento” (II Timoteo 3: 16) y corrección o castigo (Hebreos 12: 5, 7, 8, 11, donde castigo es “paidéia”). En el Antiguo Testamento el vocablo hebreo traducido “doctrina” en Proverbios 1: 8a significa lo mismo.

“Disciplinar” significa, en último término, “conducir al niño, al adolescente o al joven por donde debe ir”. El hecho de que haya un camino o un modo de vida conveniente y adecuado implica que existe un sistema de normas de conductas que el “niño” debe adquirir como propias. Una persona disciplinada es una que respeta ciertas normas aceptadas de conducta. Disciplinar es, entonces, conseguir por todos los medios adecuados, tales como la enseñanza, el ejemplo o el castigo, que una persona viva de acuerdo a ciertos principios o normas. En nuestro caso se trata de las normas de las Escrituras. La disciplina a la que Pablo se refiere en este versículo incluye toda la formación que lleva a un niño que ha aceptado sinceramente a Cristo como su Salvador a convertirse en un cristiano adulto.

Una disciplina adecuada es la que capacita para tomar decisiones correctas y para enfrentar la tentación. Si somos sabios para disciplinar de ese modo, podemos esperar con confianza el cumplimiento de la promesa del Señor en Proverbios 22: 6:

“Instruye al niño en su carrera; aun cuando fuere viejo no se apartará de ella”.

¡Qué extraordinarios ejemplos de esto son Moisés y Samuel, enfrentados a temprana edad con un mundo hostil a Dios, pero que no olvidaron la enseñanza recibida de sus padres en sus primeros años, ni dieron vuelta la espalda a su fe! El contraste es Elí.

Esta disciplina sabia requiere considerar, entre otros aspectos, lo siguiente:

a) Educación indirecta o refleja: Nuestros hijos viven y se forman en la atmosfera de la influencia silenciosa de nuestra vida. No practicar lo que decimos que es la voluntad de Dios, lo que les decimos a nuestros hijos que dice la Biblia o lo que les decimos que es correcto es ser una mentira viviente. Lo que REALMENTE somos influye más que lo que decimos. La manera de comportarnos en todo momento y ocasión es observada por nuestros hijos e influye decisivamente en ellos. El ejemplo es la primera y más importante manera de criar a nuestros hijos en disciplina. Si en todos los asuntos de la vida, aun los más triviales, demostramos que esperamos y confiamos efectivamente en Cristo, nuestros hijos lo notarán y esto les inducirá a confiar ellos también en el Señor. Si les mostramos diariamente que AMAMOS la comunión con Dios mediante la

oración, la lectura de la Biblia y el canto de himnos verdaderamente cristianos, aprenderán ellos también a amar a Dios y a reverenciar su Palabra. Hay que orar en presencia de nuestros hijos y con ellos y no contradecir nuestras oraciones con nuestros hechos. Nuestros hijos llegarán a ser como nosotros, tanto por las tendencias heredadas como por la influencia de nuestro ejemplo. La enseñanza verbal es el comienzo de la disciplina, pero es nuestra conducta lo que la hará realidad. ¿Estamos satisfechos con que nuestros hijos sean como nosotros? Si no, somos nosotros los que tenemos que cambiar drásticamente. Cada padre debería poder decir a sus hijos como Pablo:

“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo”

I Corintios 11: 1.

¿Puede cada uno de nosotros hacerlo?

b) Educación directa, metódica:

“Y estas palabras que yo te mando hoy estarán sobre tu corazón y las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en tu casa y andando por el camino y al acostarte y cuando te levantes y has de atarlas por señal en tu mano y estarán por frontales entre tus ojos y las escribirás en los postes de tu casa y en tus portadas”

Deuteronomio 6: 6-9.

Hay muchos padres que son abnegados y dedicados en la provisión para las necesidades físicas de sus hijos y se preocupan mucho de su educación secular, pero nuestros hijos tienen cuerpo y mente y también alma. Si dedicamos todo nuestro esfuerzo e interés a lo corporal y mental, habrá muy poca esperanza de que nuestros hijos aprecien los valores espirituales. En el hogar tiene que haber un ambiente sano: aseo, aire, sol, alimentación adecuada (completa y equilibrada, que no es necesariamente costosa), pero en igual medida debe respirarse en él un ambiente espiritual. La vida devocional debe ser allí tan importante como la comida. Cristo y la iglesia, la oración y la Palabra de Dios deben ocupar un lugar fundamental y natural en las CONVERSACIONES, los planes, las decisiones y los problemas, lo que sólo es posible cuando están en nuestro corazón. Todo esto requiere un esfuerzo consciente. Un hogar así no existe por casualidad: es el fruto de entretejer deliberadamente en la tela de la vida familiar todo lo que contribuye a la formación de hijos sanos, felices y DEVOTOS al Señor.

En la educación directa las imágenes buenas y hermosas que llegan al cerebro de nuestros hijos mediante la vista tienen una inmensa influencia, al igual que las malas, feas e indecentes tan comunes en el cine, la televisión, las revistas y periódicos malos, la Internet, los posters, etc. Tanto unas como otras, pero especialmente las segundas, debido a nuestra naturaleza caída, se graban tenazmente en nuestra mente y cuesta muchísimo erradicarlas. Por esto hay que proveer a nuestros hijos de abundante material gráfico bueno y, especialmente,

bíblico. ¿Cuántos videos cristianos tenemos en nuestras casas? ¿Cuántos del mundo? ¿Cuántos de dudosa calidad moral? ¿Y posters y revistas? En un nivel algo inferior, pero en la misma forma buena y mala, está el material escrito. ¿Hay en nuestro hogar abundantes historias bíblicas escritas e ilustradas? ¿Abundantes buenos libros cristianos? ¿O lo que abunda son las historietas con figuras horripilantes, feas y a menudo malas? ¿Los libros que sostienen en teoría y práctica principios anticristianos?

Algo muy semejante podemos decir de las imágenes audiovisuales y de la música: ¿Predominan en nuestros hogares cassettes o CD cristianos buenos, el canto de los himnos de la iglesia y buenos coritos? ¿Nos cultivamos para poder apreciar y gozar la música que produce emociones nobles en nosotros? ¿O, por el contrario, sólo se oye aquella música seudocristiana y secular que apela a nuestros instintos corporales y que, en el peor de los casos, es un continuo estímulo sexual?

La educación directa requiere que usemos la naturaleza como un medio de que nuestros hijos aprecien la belleza y, por eso, la bondad, sabiduría y grandeza de nuestro Creador. Es un gravísimo error vivir completamente aislados de la naturaleza y no estimular a nuestros hijos para que aprendan a ver continuamente en ella la buena mano de nuestro Señor.

Pero, naturalmente, lo más importante y eficaz en la educación directa de nuestro hijos es la enseñanza de la Palabra de Dios en el hogar. Desde que nacen deben oír leer la Palabra de Dios y cantar las alabanzas del Señor (que sean verdaderas alabanzas) y esto debe ocurrir aun antes de que nazcan. En lugar de cuentos de gigantes, hadas, enanos, guerras y violencia hay que contarles las historias de la Biblia. Todo eso dejará una impresión indeleble en nuestros hijos. Se puede y debe contarles también cuentos infantiles hermosos y edificantes, aunque sean de carácter maravilloso, pero jamás deben predominar sobre las historias verdaderas de la Biblia.

Casi todos los padres se dan cuenta de que sus hijos necesitan el ejercicio físico, en el cual el juego es fundamental, para desarrollar su cuerpo. Así también el alma requiere actividad para crecer. Pero a muchos padres se les hace difícil concederles la misma oportunidad que les dan para el desarrollo físico, para que desarrollen sus almas, porque es más fácil mostrar al niño cómo hacer las cosas que dejarlo que las haga él mismo. Pero no se aprende mirando, sino haciendo. Los padres que deciden todo por sus hijos les debilitan y perturban su desarrollo. Hay que permitir que nuestros hijos vayan desarrollando su voluntad y tomando decisiones por sí mismos, con una discreta y amorosa supervigilancia. Hay que estimular las preguntas de los hijos y responderlas con veracidad, seriedad y PACIENCIA. Si no lo hacemos así, preguntarán a otros, que frecuentemente no les amarán verdaderamente y fácilmente pueden desviarlos de los caminos del Señor. Cuando un niño no pregunta es o porque su curiosidad ha sido satisfecha o porque se da cuenta de que sus preguntas molestan. Hay que dejar que nuestros hijos digan lo que piensan y sienten y hay que orientar su atención a lo espiritual.

A los padres corresponde proveer para el desarrollo del cuerpo, la mente y el espíritu de sus hijos y esa tarea requiere mucho estudio, observación, sacrificio personal, paciencia inagotable, HUMILDAD para recibir consejos sabios y buenos de personas más experimentadas, y completa dedicación.

La gran actividad física de nuestros hijos es parte de un proceso de crecimiento e indispensable para su desarrollo neuromuscular. Como sus cuerpos son templo del Espíritu Santo, hay que velar para que llegue a ser digna morada suya.

Hay que cuidar de su desarrollo mental, alentando su tendencia a preguntar y a experimentar, su curiosidad, imaginación y creatividad. No hay que darle todo hecho.

Hay que formar buenos hábitos desde el comienzo mediante la enseñanza directa, el ejemplo, la repetición, la regularidad y la continuidad. Los hábitos fundamentales se refieren a comer, asearse, vestirse, dormir, estudiar, la asistencia a la iglesia, la oración, la lectura de la Biblia y la alabanza.

a) Desarrollo emocional y social. La “crianza en disciplina” también incluye el cultivo de la vida emocional y social. El cultivo correcto de las emociones de nuestros hijos es tan importante como el cultivo de su cuerpo y de su mente y es mucho más difícil.

Lo primero que hay que tomar en cuenta en este sentido es el marco de referencia, la trama, de su comportamiento emocional y social que se está formando. Si le presentamos un marco deformado o negativo ahora será muy difícil y a menudo imposible cambiarlo en el futuro, salvo por especial gracia de Dios. En todo caso les será más fácil a nuestros hijos el beneficioso triunfo sobre el yo, si somos sabios en esto.

Jamás hay que olvidar que nuestras reacciones emocionales y sociales determinan nuestra adaptación y éxito en la vida o nuestro fracaso y existencia conflictiva.

Hay que observar las reacciones emocionales de nuestros hijos y ayudarlos con sabiduría, poder y dirección divina a realizar las correcciones necesarias, recordando siempre que para esto no hay recetas, porque no hay dos seres idénticos. Hay ciertas normas generales, pero deben ser adaptadas a cada caso. Al corregir las reacciones emocionales y sociales de nuestros hijos hay que examinar nuestras propias reacciones, para que nuestro ejemplo corresponda a la enseñanza que estamos dando.

A nadie puede escapársele que nuestros hijos tienen sentimientos y que ellos importan tanto como los nuestros, pero a menudo sus emociones expresan sentimientos diferentes a los nuestros, lo que hay que tener muy presente en los

enajos y peleas de los niños. Los adultos que pelean o se disgustan entre sí por las peleas de sus hijos exhiben de este modo la más palpable falta de sabiduría, conocimiento y experiencia, porque las emociones de los niños cambian aún más rápidamente que las de los adultos, por lo cual pueden pasar casi instantáneamente de la ira a la risa. Esto no significa que sus emociones carezcan de importancia o que no haya que tomarlas en cuenta, porque las impresiones recibidas en la niñez suelen perdurar y colorear todo el resto de la vida. Hay que permitir que los hijos expresen sus emociones, pero también hay que ser muy firmes en que no se dejen llevar por emociones indebidas.

La buena salud emocional requiere que los hijos comprendan y sientan que pertenecen a un grupo, principalmente la familia y la iglesia. (Los adultos también lo necesitamos mucho). Aprender a adaptarnos a los demás, no con debilidad, pero sí con respeto y tolerancia, es de suma importancia. Gran parte de los problemas que muchos tienen con los demás se deben a su incapacidad para llevarse bien con ellos. Debemos aplicar nosotros y procurar que nuestros hijos apliquen realmente principios bíblicos como los siguientes:

“No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si se puede hacer, cuánto está en vosotros, tened paz con todos los hombres”

Romanos 12: 17, 18;

“Gozaos en el Señor siempre; otra vez digo: Que os gocéis”

Filipenses 4: 4;

“Amonesto pues, ante todas cosas, que se hagan rogativas, oraciones, peticiones, hacimientos de gracia, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quietos y reposadamente en toda piedad y honestidad”

I Timoteo 2: 1, 2;

etc.

En esta formación social y emocional el padre de familia desempeña un papel fundamental, que a menudo descuida. Ya hemos visto que el padre debe ser para los suyos un reflejo del Padre celestial. Mediante su ejemplo y enseñanza su familia debe aprender cómo son el amor, la misericordia, el perdón, el aprecio, la comprensión, la bondad y la justicia de Dios, tarea difícilísima, pero no imposible para Dios, ni para los padres que le aman supremamente y, por eso, están llenos del Espíritu Santo. No hay que olvidar que todo esto es una consecuencia de lo expresado en 5: 18.

No hay familia completa sin padre. Este debe participar en el trabajo, juegos, estudios, lecturas, adoración, planes y propósitos, entretenciones, risas y servicios al Señor y al prójimo de sus hijos y esposa.

d) Principios fundamentales de una buena disciplina.

1º Es erróneo considerar la disciplina como el ejercicio caprichoso de la autoridad, lo que no toma en cuenta la voluntad, el entendimiento y la capacidad de los hijos: Debe obedecer porque “yo soy el que manda”.

Igualmente erróneo es el punto de vista del “conductismo”, que enseña que al niño debe permitírsele todo, para no provocarle “frustraciones”. Esto es irreal, porque la vida está llena de aspiraciones irrealizables, pero, peor, no cree, y por lo tanto no toma en cuenta, en la naturaleza pecaminosa de todo ser humano.

La verdadera disciplina no quebranta la voluntad, ni se desentiende de ello, sino que la conquista, para conseguir una conducta deseable, consigue producir una convicción íntima, personal, de que es bueno y conveniente obedecer.

2º Ser consecuentes.

Todo hogar necesita normas adecuadas para cumplir bien su responsabilidad educativa. Esas normas tienen que ser específicas. Por ejemplo: nada se consigue diciéndole a un niño, ni a un joven (y por lo general, tampoco a un adulto) que hay que ser “honrado”, porque eso puede ser vago para él. En cambio, si tiene edad suficiente, es bueno mandarlo a comprar cosas cuyo costo pueda manejar y preocuparnos de que nos dé cuenta del encargo: ¿Cumplió lo que se le encargó? ¿Hubo vuelto? Que nos lo entregue. Si deseamos regalarle dinero, hagámoslo en otra ocasión y dándoselo expresamente. Si llega feliz porque le dieron vuelto demás, debe ir a devolverlo, aunque sea una cantidad insignificante. Si recibió vuelto demás y no se dio cuenta es bueno que nosotros lo controlemos y se lo hagamos devolver o vayamos nosotros con él a devolverlo. Si se trata de un joven que llega comentando su inteligencia al poder que le rebajen el precio de algo a cambio de que no le den la boleta, hay que mostrarle con energía que realmente fue una “mala acción”, un robo del cual fue instigador y cómplice.

Si a veces aceptamos y hasta celebramos cierta conducta y en otra ocasión la reprendemos o castigamos, nuestros hijos no sabrán a qué atenerse. Nunca debe uno de los cónyuges permitir lo que el otro ha prohibido, lo que requiere que ambos estén muy de acuerdo y si el hijo actúa astutamente engañando a uno, es el momento de enseñarle la honradez en forma práctica y específica.

Las normas tienen que ser pocas, bien pensadas, justificadas en cuanto a su valor y ante la estimación de los hijos, lo que exige imponerlas con razones y no arbitrariamente: Vas a hacer esto o no vas a hacer eso otro POR TAL RAZÓN. Una vez establecidas nunca deben ser pasadas por alto o abrogadas, a menos que exista una poderosa razón por ello, lo que también debe ser dado a conocer

específicamente y oportunamente. De ahí por qué deben ser cuidadosamente pensadas antes de establecerlas.

Cuando los hijos conocen las normas y nosotros las cumplimos y hacemos cumplir siempre, ellos entenderán nuestras reprensiones y castigos y aprenderán lo que es correcto y, por lo general, también lo apreciarán.

3º Las normas deben cumplirse.

Una vez establecida una norma, ésta debe cumplirse. Amenazar con un castigo y luego no aplicarlo u olvidarse enseña en forma indirecta la falta de honradez.

Hay niños que desobedecen por diversión o para experimentar qué pasará. Por eso deben entender que esperamos claramente su obediencia en aquello que sabe que debe obedecer y si no obedece debemos tratar el asunto con toda energía adecuada, necesaria y oportuna, sin escándalo, como la consecuencia completamente natural de lo establecido y sabido.

4º Debemos ser veraces y no comprar la buena conducta.

Jamás se justifica mentirle a un hijo (ni a nadie), se trate de preguntas, de salidas, de advertencia sobre un castigo, de promesas o de evasivas.

No hay que ofrecer otra recompensa a la obediencia que la satisfacción de hacer lo correcto. Nunca hay que ofrecer dinero, regalos o diversiones a cambio de la buena conducta o para que un hijo no se porte mal. Esto destruye toda verdadera disciplina.

“Y amonestación”. La palabra griega usada aquí corresponde a la hebrea usada en Proverbios 3: 11. Etimológicamente significa: “fijación de la mente”, es decir: “establecimiento de normas de conducta correctas y valiosas que se graban en la mente” (como los “clavos hincados” de Eclesiastés 12: 11), en forma de convicciones arraigadas.

El diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia Española, define “amonestación” como: “hacer presente algo para que se tome en consideración, se cumpla o se evite” y también como: “advertir, prevenir, reprender”.

Es un término que Pablo usa mucho: I Corintios 10: 11; Romanos 15: 14, 15; II Tesalonicenses 3: 15, con el sentido de: “advertencia, demostración, recuerdo, reprensión, aliento, repetición e instrucción (como en Eclesiastés 12: 10-12).

Puede referirse a reproches por las faltas pasadas o a advertencias sobre peligros futuros. La admonición significa que hay falta en los hijos que es necesario corregir e implica sabiduría de los padres para hacerlo.

Es realmente doloroso constatar cuánto mal y pecaminosidad hay en el corazón de un niño (como en todo ser humano) y cuán pronto empiezan a manifestarse rasgos violentos, voluntad indomable, orgullo, mal humor y mal genio, pasión mala. Ociosidad, egoísmo, engaño, astucia, falsedad, hipocresía, gran capacidad para aprender lo malo, dificultad y lentitud para aprender lo bueno y rapidez para usar cualquier medio para conseguir lo que quiere. Esto no es sorprendente. Es la herencia que hemos recibido de Adam. Esto es lo que la psicología humanista ignora completamente. Por eso Dios requiere que amonestemos a nuestros hijos, sin olvidar que nosotros también participamos de esa misma naturaleza pecaminosa. No olvidemos que si nuestros hijos son tercos y rebeldes es posible que nosotros mismos seamos así respecto a Dios. Empecemos, pues, por examinarnos a nosotros mismos. Nos guste o no, nuestros hijos van siguiendo nuestros pasos. ¿A dónde los estamos conduciendo?

La amonestación y corrección sabia, enérgica, amorosa y, en todo lo posible, razonada, ejercen gran influencia en los hijos. No podemos controlar todas las influencias a que están sometidos los niños, adolescentes y jóvenes, pero podemos protegerlos de muchas malas influencias, como visitas a hogares que no conocemos PERFECTAMENTE (especialmente si son del mundo), asistencia a fiestas mundanas (porque no es necesario que las experimenten para que sepan cuán dañinas pueden ser), concurrencia a espectáculos dudosos o que promuevan la violencia, el lenguaje sucio u obsceno o que estimulen el cuerpo y la mente en un sentido contrario a la Palabra de Dios, a la santidad y a la pureza. Al contrario, hay que acoger amablemente a sus amigos en nuestro hogar y procurar que estén a gusto con nosotros. No basta prohibirles que vayan a lugares indeseables, hay que proporcionar actividades atractivas en el hogar y celebrar el culto familiar.

Además es fundamental usar la propia voluntad de los hijos para que sean capaces de enfrentar las malas influencias incontrolables para nosotros. La mejor defensa será la que ellos mismos puedan ejercer. En esto la amonestación juega un papel preponderante. Una pregunta crucial en relación con esto es: ¿Vivo de acuerdo con la admonición que doy? ¿Cuántos de nuestros mandatos son normas de nuestra propia vida? La autodefensa de nuestros hijos debe provenir de las sólidas convicciones que hayamos formado en ellos, por el poder del Espíritu Santo.

Para que la amonestación sea eficaz debe tomar en cuenta la naturaleza de nuestros hijos. Por ejemplo, no podemos exigir a un pequeñito que esté inmóvil como una estatua. No podemos exigirles que se comporten en la iglesia como les hemos enseñado a comportarse en el hogar y en el culto familiar. Nos dan vergüenza ciertos comportamientos de nuestros hijos en la iglesia a causa de que puedan incomodar a las personas, pero no sentimos lo mismo en el hogar donde

no hay extraños a la familia. Inconsecuencias de esta clase confunden e irritan a los hijos y puede llevarles a odiar los cultos. Hay que empezar entonces por corregir en el hogar y luego exigir la misma conducta en el culto.

Llegamos ahora al aspecto más enérgico, necesario y triste de la amonestación: el castigo. Hay conductas que no se pueden corregir o inculcar, sino mediante el castigo, lo que depende del carácter y personalidad del hijo: hay quienes son muy dóciles y rara vez o nunca necesitan de castigo, pero los hay rebeldes y contumaces, que no pueden aprender de otro modo.

La necesidad del castigo proviene de que nuestros hijos son pecadores, lo que la psicología moderna, completamente humanista, niega apasionadamente o ignora. Pero en el castigo hay que recordar que nosotros somos pecadores también, por lo cual se requiere especial cuidado y sabiduría para aplicarlo.

En todo caso el castigo debe ser siempre un RECURSO EXTREMO y mientras menos frecuente, mejor. Dos aspectos básicos que nunca deben olvidarse es que un castigo puede ser físico o psicológico. Los castigos psicológicos son muchos más peligrosos que los físicos, por lo cual hay que extremar las precauciones en relación con ellos. Por ejemplo, una palmada en un muslo, proporcionada a la edad del niño, será olvidada rápidamente, pero no así una negativa a hacerle una caricia o a darle un beso o el decirle que no le queremos, lo que además, es una mentira. Todo esto, cuando se repite incesantemente y por cualquier trivialidad termina por perder todo efecto.

Al castigar a un hijo hay que examinar cuidadosamente nuestros motivos y los suyos: Lo que vamos a castigar, ¿es realmente malo? ¿Por qué no queremos que lo haga?, ¿Mantenemos el dominio propio? Si no, estamos pecando gravemente contra Dios y contra nuestro hijo. ¿Somos consecuentes al castigar? ¿Qué es lo que en el fondo deseamos conseguir al castigar? ¿O es sólo una reacción emocional de ira, enojo, disgusto o molestia nuestros? Como el castigo es importante en la educación de nuestros hijos, debemos orar al respecto y cuando se hace imprescindible, nos será utilísimo orar inmediatamente antes de castigar.

En general, cuando un hijo conoce una prohibición debe aplicarse la corrección de inmediato. Decirle: "Si vuelves a hacer esto te voy a castigar" es estimularlo a reincidir.

El castigo físico debe ser proporcionado a la edad del niño, por lo cual los padres tienen que controlar su fuerza. Evidentemente jamás deben producir heridas, hematomas o daño permanente. Por eso hay que evitar totalmente dos castigos físicos muy comunes: el tirón de orejas y las palmadas en las nalgas. Si se usa cualquier objeto para castigar, que no sean las propias manos, hay que ser más cuidadosos aún con la propia fuerza, porque en este caso es muy fácil excederse y causar daño permanente o prolongado.

El hijo debe comprender la relación entre su falta y el castigo, por lo cual a la falta debe seguir inmediatamente el castigo, especialmente en los más pequeños, porque de otro modo no reconocerá su justicia.

“La conciencia de los hijos responde a la palabra escudriñadora y bondadosa, a la amonestación amorosa” (que no es necesariamente suave).

“El trato fiel hacia sus hijos le gana, en último término, al padre (y a la madre) su profunda gratitud y el recuerdo de ello será una salvación en tiempos de tentación y un motivo de tierna reverencia” (Findlay).

En contra de la psicología que ignora a Dios y su Palabra, para nosotros vale lo que nos enseña el Señor en su Palabra:

“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece, mas el que lo ama, madruga a castigarlo”

Proverbios 13: 24;

“Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se excite tu alma para destruirlo”

Proverbios 19: 18;

“La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la hará alejar de él”

Proverbios 22: 15;

“No rehúses la corrección del muchacho, porque si lo hirieres con vara, no morirá. Tú lo herirás con vara y librarás su alma del infierno”

Proverbios 23: 13, 14;

“La vara y la corrección da sabiduría, mas el muchacho consentido avergonzará a su madre...Corrige a tu hijo y te dará descanso y dará deleite a tu alma”

Proverbios 29: 15, 17.

La disciplina y la salvación.

Entonces y ahora, ningún padre o madre puede hacer algo más importante por sus hijos que llevarlos a Jesús y este es el único fundamento sólido e indispensable de una verdadera crianza en disciplina y amonestación.

Si les dejáramos fama, riqueza, una formación correcta y disciplinada o educación a nuestros hijos, pero sin haberles llevado a Jesús, habríamos fracasado miserablemente, tanto en relación con nuestros hijos como con Dios. Jamás olvidemos que nuestros hijos son la PRIMERA obra de Dios para nosotros:

“Y si alguno no tiene cuidado de los suyos y mayormente de los de su casa, la fe negó y es peor que un infiel”

I Timoteo 5:8.

En relación con esto es muy pertinente la siguiente observación de Carlos Hodge: “Tampoco se debe confundir la santificación con los efectos de la cultura o disciplina moral. Es bien posible, como lo demuestra la experiencia, mediante una cuidadosa instrucción moral, manteniendo a los jóvenes alejados de toda influencia contaminadora y criándolos bajo las influencias formadoras de principios rectos y de buenas compañías, preservarlos de muchos males del mundo y hacerlos semejantes al joven (rico) en el evangelio, a quien Jesús amó. Esta instrucción no debe ser menospreciada. Es ordenada en la Palabra de Dios. Pero no puede cambiar la naturaleza. No puede impartir vida. Una estatua hecha con mármol puro en toda su belleza está muy por debajo de un hombre vivo”.

Todo lo anterior: educación directa e indirecta, cultivo emocional y social, amonestación y castigo, etc., debe tener como fin último llevar a nuestros hijos a Jesús. Para ello hay que creer la promesa de Hechos 16: 31:

“Cree en el Señor Jesucristo y será salvo tú y tu casa”

y cumplir sus requisitos:

“Instruye al niño en su carrera; aun cuando fuera viejo no se apartará de ella”

Proverbios 22: 6.

Por supuesto que será el hijo por sí mismo el que tendrá que decidir aceptar o rechazar a Cristo, pero nosotros tenemos que rodearlo de un ambiente que contribuya a llevarlo a aceptarle, no a rechazarle. Esto incluye nuestras oraciones fervientes e incesantes por ellos desde su gestación (y aún antes), la educación y el ejemplo que le demos, que deben hacer tan deseable tener a Jesús que nuestros hijos quieran tenerle como su propio Salvador. Si ganáramos el mundo entero para nuestros hijos y ellos perdieran su alma ¿de qué les serviría?

Si queremos, dejemos que la iglesia, por medio de los predicadores y profesores de la Escuela Dominical, les conduzca a la fe salvadora en Cristo, pero ¡cuánto más gratificante (y eficaz) es que nosotros mismos seamos los instrumentos de Dios para su salvación! Hay que aprender a hacer obra personal y a practicarla con nuestros hijos antes que con los demás. Si somos sinceros, eso nos obligará también a vivir muy cerca del Señor en realidad, no fingidamente, porque nuestros hijos nos conocen bien.

Desarrollo de la personalidad cristiana.

La personalidad es el modo individual de pensar, sentir y actuar. Está formada por ideas, sentimientos, apreciaciones, propósitos, motivos, hábitos, emociones y actitudes.

La personalidad, a diferencia del carácter, no se hereda, sino que se forma desde el nacimiento por la influencia del ambiente, las impresiones y la educación, pero el carácter heredado es un factor muy importante en todo ello.

Los padres pueden formar la personalidad de sus hijos en la medida que controlen el ambiente en que se desenvuelven, las impresiones que reciben y la educación que les proporcionan. Si esos factores son cristianos, los padres pueden esperar razonablemente que sus hijos tendrán una vigorosa personalidad cristiana. **ES ESENCIAL QUE EL CENTRO SOCIAL DOMINANTE, DESPUÉS DEL HOGAR, SEA UNA IGLESIA FIEL A LA PALABRA DE DIOS.**

Si los padres son inteligentes y piadosos, observarán atentamente la personalidad en desarrollo de sus hijos y si advierten conflictos o falta de adaptación les encomendarán al Señor y aplicarán las medidas educativas y disciplinarias adecuadas, dependiendo siempre para eso de la sabiduría que Dios ha prometido:

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente y no zahiere, y le será dada”

Santiago 1: 5.

Cuando una conducta mala o inadecuada no se corrige oportunamente queda instalada permanentemente en la personalidad como algo deforme, perjudicial, negativo.

El equilibrio único entre los factores hereditarios y ambientales, que comenzaron a ejercerse desde el nacimiento de nuestros hijos, constituirá finalmente su personalidad. Esta personalidad llevará la marca de la formación recibida, sea de los padres, sea de otros agentes. Si los padres no ejercen su responsabilidad, otros los formarán: sus amigos, compañeros de colegio o de juegos, etc., porque en la personalidad es fundamental la influencia recibida de otros seres humanos.

Los elementos que entran en la formación de la personalidad son: la herencia, el cuerpo, el ambiente, el yo y la salvación.

La herencia no la podemos controlar ni cambiar; el cuerpo debemos cuidarlo, brindándole todos los cuidados necesarios: ejercicio, alimentación correcta, atención médica, etc. El yo es aquella facultad que comienza a manifestarse desde muy temprano y por la cual el niño prefiere ciertas cosas y rechaza otras, se fija en sí mismo y habla para sí. El niño aprende gradualmente a

analizar sus propias acciones, a seleccionar, a cooperar con otros y a tomar sus propias decisiones, porque no es un autómata.

No es la voluntad de Dios que se destruya la voluntad de los niños, adolescentes y jóvenes, pero sí que les enseñemos a someterse a sus mayores o superiores (Efesios 5: 21), que les eduquemos y cultivemos para la vida cristiana.

Hay que insistir en que la formación de la personalidad cristiana incluye destacadamente el estímulo para que nuestros hijos hagan por sí mismos aquello para lo que van estando progresivamente capacitados, lo cual requiere actuar cuidadosamente, de acuerdo con su desarrollo neuromuscular y espiritual.

Por otra parte hay que educar a nuestros hijos para que no piensen sólo en sí mismos. La muy proclamada “autoestima” es un concepto plenamente humanista, en pugna con la enseñanza bíblica.

El niño tiene que aprender desde temprano su propia incapacidad, pero que **todo lo podemos en Cristo, que nos fortalece (Filipenses 4: 13)**. La autoestima es un término elegante para referirse al orgullo. La posición bíblica es la de la humilde confesión de nuestras limitaciones, pero todosuficiencia de nuestro Dios.

El egoísmo tiene que ser enfrentado y corregido enérgicamente. Hay que estimular al niño para que se interese en los demás, ayude y sirva. También debe aprender el dominio propio en TODOS los aspectos de su vida y esto desde muy temprano. La forma más eficaz de enseñarle esto es el modo de proceder de sus padres, que puede ser un ejemplo positivo o negativo. Es un “gran peligro que los hijos vayan creciendo sin respeto por la autoridad, sin reverencia por la edad, sin conocimiento de las normas cristianas, sin hábitos de deferencia y autodomínio” (Erdman).

En resumen, jamás debe olvidarse que la personalidad no es el producto de la herencia, ni de la casualidad, sino el resultado final de la interacción entre el carácter hereditario y el ambiente (incidentes, experiencias, impresiones, decisiones, ejemplos y educación).

“Del Señor”: Hemos considerado la necesidad de unir sabiamente la dulzura con la severidad, engendradas por un amor genuino, en la disciplina y amonestación de nuestros hijos, pero todo ello debe ser “del Señor”, en el sentido de que “ambas deben ser penetradas de su Espíritu” (Olshausen, citado por Bonnet y Schroeder), deben estar de acuerdo con la voluntad de Dios y deben ser ejercidas por los que son del Señor y reconocen su dependencia de él. “En esta forma resulta que no es tanto el padre el que corrige y enseña a sus hijos como el Señor mediante él” (A. Monod). Así como los padres han entrado primero por la puerta del redil, que es Jesucristo: Juan 10: 9, así sus pequeños, guiados y alimentados por ellos como pastores colaboradores del gran Príncipe de los pastores, deben seguirles por el mismo camino. Los padres deben ser como la imagen del Buen Pastor para sus hijos.

ESTA “DISCIPLINA Y AMONESTACIÓN”, POR SER “DEL SEÑOR”, REQUIERE LA CONTINUA ORACIÓN DE FE DE LOS PADRES, UNA ACTTUD COMO LA DE JACOB (GÉNESIS 33: 5b), JOSÉ (GÉNESIS 48: 9) Y EL ESCRITOR DEL SALMO 127: 3, UNA SUMISIÓN A DIOS COMO LA DE MANDA (JUECES 13: 12) Y UNA CUIDADO PIADOSO, COMO EL DE JOB (JOB 1: 5).

Si amamos de verdad a nuestros hijos, tomemos todo esto muy en cuenta y en serio y llevémoslos continuamente “ante el trono de la gracia” (Hebreos 4: 16).

Se les puede proporcionar a nuestros hijos la mejor educación secular y llenarles la mente de conocimientos y hasta de sabiduría humana, pero si falta la enseñanza diaria de la Palabra de Dios en el hogar, nuestros hijos pueden sufrir graves pérdidas en sus almas.

“Las copas mas amargas que los hombres han tenido que beber fueron servidas por los hijos. Las lágrimas más tristes fueron provocadas por los hijos. Pregúntenles a Adam y a David. No hay tristeza como las que los hijos han provocado a sus padres. ¡Tengan cuidado ustedes de que su propio descuido les traiga tristeza sobre tristeza a causa de sus hijos:

“Levántate, da voces en la noche, en el principio de las velas; derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor; alza tus manos a él por la vida de tus pequeñitos, que desfallecen de hambre en las entradas de todas las calles”

Lamentaciones 2: 19

Mensaje del amor de Dios. México. Julio y Agosto de 1996).

La instrucción de Pablo se aplica a todos los que tienen a su cargo la enseñanza de niños, especialmente los profesores de la Escuela Dominical, que en un sentido están cumpliendo el encargo de Jesús a Pedro en Juan 21: 15:

“Y cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás ¿me amas más que estos? Dícele: Sí, Señor: tú sabes que te amo (te quiero). Dícele: Apacienta mis corderos (corderillos)”.

Ellos deben complementar y apoyar lo que los niños y jóvenes reciben en su hogar cristiano y, en muchos casos, suplir todo lo que falta en el hogar, si no es cristiano o si, siéndolo, falla gravemente en esto. La influencia para bien o para mal de un maestro es a menudo decisiva en la vida de sus alumnos. Personalmente fue un alumno descuidado en mis primeros cuatro años de estudio, hasta que un profesor de la Escuela Dominical preguntó si éramos alumnos estudiosos en nuestro colegio y agregó que como cristianos debíamos ser los mejores alumnos, lo que se grabó en mi mente en tal forma que nunca más fui alumno descuidado. Leí de un experimento hecho por un curso de psicología de una universidad en Nueva

York. Investigaron las condiciones sociales y morales de un buen número de niños en un barrio marginal. Llegaron a la conclusión de que debían terminar siendo delincuentes. Otro curso verificó la predicción unos quince años más tarde. Con sorpresa constataron que ni uno solo era delincuente. Extrañados entrevistaron a los sujetos de la investigación, para determinar por qué había sido tan errónea la predicción. En todos los casos el asunto terminaba en: "Tuve una profesora..."

El amor, bondad y sabiduría o la frialdad y descuido de aquel que está entre Cristo y un alma joven pueden determinar decisivamente el futuro espiritual de ella.

Una última palabra acerca de estas extensas reflexiones sobre este versículo 4: Todo lo considerado nos muestra que indudablemente la educación de los hijos en el Señor es tarea difícilísima. Por eso es de ineludible necesidad seguir la instrucción de **Santiago 1: 5**:

"Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente y no zahiere, y le será dada".

Pero además se requiere HUMILDAD para reconocer nuestras fallas y limitaciones y para buscar y seguir consejos, especialmente para conocer y obedecer la Palabra de Dios":

"Porque el alto Jehová atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos...Jehová cumplirá por mí. Tu misericordia, oh Jehová, es para siempre. No dejarás la obra de tus manos"

Salmo 138: 6 y 8.

Notemos cuidadosamente:

"Mejor es el muchacho pobre y sabio, que el rey viejo y fatuo que no sabe ser aconsejado"

Eclesiastés 4: 13;

"...en la multitud de consejeros hay salud"

Proverbios 11: 14b;

"...la salud está en la multitud de consejeros"

Proverbios 24: 6b;

"...Esparció los soberbios del pensamiento de su corazón"

Lucas 1: 51b;

"Mas él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes"

Santiago 4: 6; y

“Igualmente, mancebos, sed sujetos a los ancianos y TODOS sumisos unos a otros, revestíos de HUMILDAD, porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Humillaos pues bajo la poderosa mano de Dios, para que él os ensalce cuando fuere tiempo”.

Pedro 5: 5-6.

No olvidemos nunca los funestos resultados de ser débiles de carácter en lo tocante al Señor, tomando en cuenta lo que le sucedió a Elí:

“Mas los hijos de Elí eran hombres impíos y no tenían conocimiento de Jehová...Era pues el pecado de los mozos muy grande delante de Jehová, porque los hombres menospreciaban los sacrificios de Jehová...Elí empero era muy viejo y oyó todo lo que sus hijos hacían a todo Israel y como dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo del testimonio. Y díjole: ¿Por qué hacéis cosas semejantes? Porque yo oigo de todo este pueblo vuestros malos procederes. No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo, que hacéis pecar al pueblo de Jehová. Si pecare el hombre contra el hombre, los jueces le juzgarán, mas si alguno pecare contra Jehová ¿quién rogará por él? Mas ellos no oyeron la voz de su padre, porque Jehová los quería matar... ¿Por qué habéis hollado mis sacrificios y mis presentes, que yo mandé ofrecer en el tabernáculo y HAS HONRADO A TUS HIJOS MÁS QUE A MÍ, engordándoos de lo principal de todas las ofrendas de mi pueblo Israel? Por tanto, Jehová el Dios de Israel dice: Yo había dicho que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí perpetuamente, mas ahora ha dicho Jehová: Nunca yo tal haga, porque yo honraré a los que me honran y los que me tuvieren en poco serán viles. He aquí vienen días en que cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre, que no haya viejo en tu casa”

I Samuel 2: 12, 17, 22-25, 29-31.

Terminaré el estudio de este versículo transcribiendo una página escrita en Diciembre de 1962 por cinco educadoras de párvulos:

CARTA DE UN HIJO A TODOS LOS PADRES DEL MUNDO.

No me des todo lo que te pida. A veces sólo pido para ver hasta cuánto estás dispuesto a dar;

No me grites. Te respeto menos cuando lo haces y me enseñas a gritar a mí también y yo no quiero hacerlo;

No me des siempre órdenes. A veces yo haría las cosas más rápido y con más gusto si me lo pidieras;

Cumple tus promesas buenas y malas. Si me prometes un premio, dámelo; pero también si es un castigo.

No me compares con nadie, especialmente con mis hermanos. Si me haces lucir mejor que los demás, alguien sufrirá y si me haces lucir peor que los demás, seré yo quien sufra;

No cambies de opinión tan a menudo sobre lo que debo hacer; decídete y mantén esa decisión;

Déjame valerme por mí mismo. Si tú lo haces todo por mí, nunca podré aprender;

No mientas, ni me pidas que las diga por ti, aunque sea para sacarte de un apuro. Me haces pecar y perder la fe en ti y en lo que dices;

Cuando hago algo malo, no me exijas que te diga por qué lo hice. A veces ni yo mismo lo sé;

Cuando estés equivocado en algo admítelo y crecerá la opinión que tengo de ti y me enseñarás a admitir mis equivocaciones también;

Trátame con la misma amabilidad y cordialidad con que tratas a tus amigos, ya que no porque seamos familiares no podemos ser amigos también;

No me digas que haga algo que tú no haces. Yo aprenderé y haré siempre lo que tú hagas, aunque no lo digas; pero nunca haré lo que tú digas y no hagas;

Cuando te cuente un problema mío no me digas: "No tengo tiempo para tonterías" o "Eso no tiene importancia". Trata de ayudarme;

Quiéreme y dímelo. A mí me gusta oírte decir, aunque tú no creas que es necesario decírmelo;

Abrázame. Necesito sentirte mi amigo, mi compañero a toda hora; y

ENSÉÑAME A AMAR Y CONOCER A DIOS. NO IMPORTA QUE EN EL COLEGIO ME QUIERAN ENSEÑAR QUE ESO NO VALE NADA, SI YO VEO QUE TÚ CONOCES Y AMAS A DIOS.

3.3. Siervos y amos. 6: 5-9.

Después de tratar acerca de los deberes recíprocos de los esposos y de padres e hijos, el apóstol pasa ahora a tratar sobre los de los siervos y amos.

“Siervos” es, literalmente, “esclavos”. Se imponen aquí algunos breves reflexiones sobre la institución de la esclavitud y la relación del cristianismo con ella.

Primeramente, en las condiciones reales del mundo hasta antes del acelerado desarrollo tecnológico que se produjo a partir de la Revolución Industrial la esclavitud era indispensable para el funcionamiento de las naciones, porque no había herramientas ni medios técnicos para producir lo necesario, ni tampoco capitales para hacerlo mediante trabajadores libres remunerados. Pero como la esclavitud es una de las mayores iniquidades que el hombre ha conocido y como se prestó para abusos incalificables, que no tienen relación alguna con los requerimientos económicos, esta necesidad sólo muestra la degradación a la que la caída llevó a la humanidad entera.

En segundo lugar, ni el Señor, ni los apóstoles promovieron una revolución social, ni alentaron el uso de la violencia para terminar con la esclavitud, lo que en su tiempo habría llevado a una completa anarquía. Lo que hicieron fue exhortar a la paciencia:

“Ea ya ahora, oh ricos, llorad aullando por vuestras miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están corrompidos de orín y su orín os será en testimonio y comerá del todo vuestras carnes como fuego. Os habéis allegado tesoro para en los postreros días. He aquí, el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros, clama y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis condenado y muerto al justo y él no os resiste. Pues, hermanos, **TENED PACIENCIA hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia, hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Tened también vosotros **PACIENCIA**; confirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca”**

Santiago 5: 1-8,

aunque denunciando apasionadamente la opresión; exhortaron a obedecer a la autoridad legal, como veremos, pero también a procurar su libertad:

“¿Eres llamado siendo siervo? No se te dé cuidado; mas también si puedes hacerte libre, procúralo más”

I Corintios 7: 21.

Cuando los amos eran cristianos no se les exigió libertar a sus esclavos, pero sí cambiar completamente su actitud hacia ellos:

“Ruégote por mi hijo Onésimo, que he engendrado en mis prisiones, el cual en otro tiempo te fue inútil, mas ahora a ti y a mí es útil, el cual te vuelvo a enviar; tú pues, recíbele como a mis entrañas. Yo quisiera detenerle conmigo, para que en lugar de ti me sirviese en las prisiones del evangelio; mas nada quise hacer sin tu consejo, porque tu beneficio no fuese como de necesidad sino voluntario. Porque acaso por esto se ha apartado de ti por algún tiempo, para que le recibieses para siempre, no ya como siervo, antes más que siervo, como hermano amado, mayormente de mí, pero cuánto más de ti, en la carne y en el Señor. Así que, si me tienes por compañero, recíbele como a mí”

Filemón 10-17.

También exhortaron a los esclavos a cambiar su actitud, despreocupándose de la servidumbre corporal que sufrían y fijando su atención en su libertad espiritual:

“Cada uno en la vocación en que fue llamado, en ella se quede. ¿Eres llamado siendo siervo? No se te dé cuidado mas también si puedes hacerte libre, procúralo más. Porque el que en el Señor es llamado siendo siervo, liberto es del Señor. Asimismo también el que es llamado siendo libre, siervo es de Cristo. Por precio sois comprados, no os hagáis siervos de los hombres. Cada uno, hermanos, en lo que es llamado, en esto se quede para con Dios”

I Corintios 7: 20-24.

Todo esto, unido a que el Nuevo Testamento está dirigido a siervos y libres, sin hacer ninguna distinción entre ellos, porque todos, SI SON DE CRISTO, tienen un solo Padre en los cielos y, por lo tanto, son hermanos:

“Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos. No hay judío, ni griego, no hay SIERVO NI LIBRE, no hay varón, ni hembra, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”

Gálatas 3: 26, 28;

“Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, ora judíos o griegos, ora SIERVOS O LIBRES, y todos hemos bebido de un mismo Espíritu”

I Corintios 12: 13

y a la enseñanza sobre el amor fraternal, sentaban los fundamentos, ciertamente, del término de la esclavitud. Pero los cristianos de los siglos siguientes, con un cristianismo ya muy debilitado o corrompido, no actuaron en consecuencia y así la esclavitud perduró durante dieciocho siglos en Occidente. Esto nos muestra la necesidad de escrudñar cuidadosamente las Escrituras y de obedecerlas por encima de nuestros intereses personales y terrenales y a no involucrarnos con los sistemas y organizaciones políticas del mundo, que ignoran completamente la Palabra de Dios y actúan sólo pragmáticamente y, demasiado a menudo, ciegamente, en relación con la justicia requerida por Dios.

El hecho de que las iglesias cristianas sostuvieran o, a lo menos, toleraran la esclavitud durante tanto tiempo se debió a su mundalización y nos enseña con cuánto empeño y energía debemos oponernos a la penetración de cualquier manifestación del mundo en ella. Al principio esa penetración puede parecer necesaria o inofensiva, pero al final siempre se demostrará muy destructiva.

Cabe pensar que si el cristianismo se hubiera mantenido puro y bíblico durante varios siglos, sin acomodarse al mundo, la esclavitud hubiera ido desapareciendo gradualmente y es posible que el acelerado desarrollo tecnológico se hubiera producido mucho antes.

En tercer lugar, es bueno que quienes han atacado duramente a la Iglesia, aunque en su expresión humana, no en su espíritu, por esta grave falta tengan presente que la más alta cultura que ha producido la humanidad, la griega, edificó sus maravillosos monumentos sobre el trabajo de los esclavos, como antes y después lo hicieron Asiria, Babilonia, China, India, Egipto y Roma, entre muchos otros, y que los grandes pensadores griegos, generalmente tan ensalzados por los que atacan al cristianismo, justificaron completamente la esclavitud en términos que a nosotros nos parecen increíbles, como, por ejemplo, Aristóteles, quien decía que los esclavos eran “herramientas animadas”, mientras que las herramientas eran “esclavos inanimados”. Existe un abismo entre esta concepción y la del Nuevo Testamento. Más todavía, los detractores del cristianismo deberían tener presente que en las naciones no cristianas la esclavitud todavía subsiste abierta u ocultamente y que naciones que se jactan de su “justicia social” emplean masivamente mano de obra esclava, de hecho.

En general, en las naciones paganas el esclavo no tenía derecho alguno y su única seguridad consistía en el cuidado egoísta de los amos para no inutilizar a un esclavo con malos tratos, con lo cual perderían sus servicios y su “inversión”, seguridad realmente muy débil, porque nunca evitó en forma considerable los abusos más inhumanos y degradantes.

En contraste, la ley de Moisés, quinientos años antes de Cristo, ya reconoce derechos y asegura protección a los esclavos (Deuteronomio 23: 15, 16; Éxodo 20: 10) y les asegura el descanso semanal. ¡Qué contraste con los

esclavos romanos, crucificados por razones nimias! Augusto César crucificó a treinta mil durante su gobierno. El esclavo que robaba podía ser marcado, muerto o sometido a un trabajo aún más extenuante (¡qué contraste con el caso de Onésimo, sobre el cual le escribe Pablo a Filemón, quien era precisamente un esclavo huido de su amo). Si un amo era asesinado en su casa, todos sus esclavos eran ejecutados sin más trámite.

Lo establecido por Moisés se desarrolla mucho más en el Nuevo Testamento.

Por último un hecho objetivo prueba que efectivamente el evangelio promovía una condición mejor para los esclavos: las multitudes de ellos que lo aceptaron, formando la masa de las primeras iglesias.

En los versículos 5 al 8 encontramos:

- 1º Una exhortación motivada por un hecho;
- 2º El modo de cumplirla;
- 3º El motivo para obedecerla; y
- 4º Su resultado.

Versículo 5:

“Siervos, obedeced a vuestros amos según la carne con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo”.

“Siervos, obedeced a vuestros amos según la carne”. En este párrafo hay que tener presente que se dirige a los esclavos tanto porque esa era la condición de la mayoría de los trabajadores entonces como porque ellos formaban la mayor parte de las iglesias. De ahí que lo que se les dice sea más extenso que lo que se les dice a los amos, relativamente poco numerosos en las iglesias.

Esta consideración nos hace ver que lo dicho aquí se aplica, y con mayor razón, a todos los que tienen entre sí relaciones de trabajo libre, sean obreros, empleados, funcionarios públicos, trabajadores del campo, de las minas, militares, trabajadores domésticos, etc., por una parte, y patronos, dueños, jefes de obra, jefes de servicios públicos, capataces, oficiales de las Fuerzas Armadas, etc., por otra. Difícilmente habrá alguien que esté exento de una relación de trabajo con otro u otros o, por lo menos, con una comunidad. También, casi todos tenemos alguna posición de autoridad o mando sobre otras personas. Por esta razón lo dicho aquí tiene una aplicación muy amplia.

1.- La exhortación motivada por el hecho de ser siervos (o dependientes).

Se nos ordena terminantemente obedecer a los que tienen alguna clase de autoridad sobre nosotros aquí en la tierra (“vuestros amos según la carne”). Recordemos que el Señor dijo:

“Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los príncipes de los gentiles se enseñorean sobre ellos y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad. Mas entre vosotros no será así, sino el que quisiere entre vosotros hacerse grande será vuestro servidor y el que quisiere entre vosotros ser el primero será vuestro siervo. Como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino PARA SERVIR Y PARA DAR SU VIDA EN RESCATE POR MUCHOS”

Mateo 20: 25-28;

“Levántase de la cena y quitase su ropa, y tomando una toalla, ceñose. Luego puso agua en un lebrillo y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido...Así que, después que les hubo lavado los pies y tomado su ropa, volviéndose a sentar a la mesa, díjoles: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis: Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el apóstol es mayor que el que le envió”

Juan 13: 4-5, 12-16.

Consideremos también **Filipenses 2: 7:**

“Sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”.

(¡el mismo Señor tomó forma de esclavo!). Por eso no se nos exhorta a la rebelión, ni a perjudicar a los que nos mandan para desquitarnos por nosotros mismos de los daños que pudieran habernos hecho o por su trato injusto. Por medio de los buenos modos, la amabilidad, la honradez y por ser capaces de sufrir pacientemente las injurias e injusticias, no con resignación y pasivamente, sino como enseña **I Pedro 2: 18-23:**

“Siervos, sed sujetos con todo temor a vuestros amos, no solamente a los buenos y humanos, sino también a los rigurosos. Por que esto es agradable, si alguna a causa de la conciencia delante de Dios sufre molestias padeciendo injustamente. Porque ¿qué gloria es, si

pecando vosotros, sois abofeteados y lo sufrís? Mas si haciendo bien sois afligidos y lo sufrís, esto ciertamente es agradable delante de Dios. Porque para esto sois llamados, pues que también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas, el cual no hizo pecado, ni fue hallado engaño en su boca, quien cuando le maldecían no retornaba maldición, cuando padecía, no amenazaba, sino remitía la causa al que juzga justamente”.

Lo dicho en el versículo 23 nos proporciona un arma tremenda, como se ve en **Hebreos 10: 30-31:**

“Sabemos quien es el que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará su pueblo. HORRENDA COSA ES CAER EN LAS MANOS DEL DIOS VIVO”.

Con alegre valentía podemos dar un ejemplo poderoso que mucho necesita este mundo sumido en la injusticia, el egoísmo, la soberbia y la guerra espiritual más profunda.

La razón por qué se demanda esta obediencia es “porque no sea blasfemado el nombre del Señor y la doctrina (I Timoteo 6: 1), lo que habría ocurrido si los esclavos cristianos se hubieran rebelado o si el evangelio los hubiera incitado a ello. Exactamente así es ahora con nuestro servicio: ¡Cuántos deshonran al Señor y su evangelio con su rebeldía y mal comportamiento!

Nuestro testimonio puede ser usado por Dios para rescatar a algunos de los que ahora están hundidos en una miseria espiritual de la que suelen estar completamente inconscientes.

La historia verdadera de Sambo ilustra lo anterior:

Sambo era un esclavo que vivía en el sur de los EEUU. Era un cristiano alegre y fiel sirviente, pero su dueño se vio obligado a venderlo a un joven dueño de una plantación, hombre inconverso e impío. El antiguo dueño le dijo al nuevo:

- Sambo es un trabajador excelente y de confianza, le complacerá en todo, excepto en una.
- ¿En qué?, preguntó el nuevo amo.
- En que le gusta mucho orar y usted no le podrá quitar ese defecto.
- ¿Ah sí? Pues pierda usted cuidado, porque yo se lo quitaré a latigazos.
- Le aconsejo que no lo haga, será inútil. Sambo preferirá morir antes que dejar de orar.

Sambo fue fiel y servicial igual como lo había sido con el otro amo, pero pronto el nuevo supo que había estado orando. Le llamó y le dijo:

- No volverás a orar jamás. No me gusta que nadie ore aquí. Ahora, a trabajar y deja esas tonterías.

Sambo contestó:

- Señor amo, tengo que orar a Jesús, cuando oró le amo más a usted y a mi ama y además, puedo trabajar más duro para ustedes.

Sin embargo, le fue prohibido terminantemente orar, bajo pena de recibir una gran azotaina.

Esa tarde, al término del día de trabajo, Sambo habló con su Dios. A la mañana siguiente fue llamado por el amo, enojadísimo.

- Señor amo, necesito orar, no puedo vivir sin orar.

El amo montó en cólera y ordenó al esclavo que se sacara la camisa y lo hizo atar al poste de castigo. Él mismo tomó el látigo y con toda su fuerza le golpeó hasta que su misma esposa le rogó con lágrimas que cesara de flagelarlo. Estaba tan furioso que hasta amenazó a su esposa. Después siguió azotándolo hasta que no tuvo más fuerza. Mandó entonces que le lavaran las heridas con agua salada, que se pusiera la camisa y siguiera trabajando. A pesar del terrible dolor, Sambo se fue a sus labores, cantando adoloridamente:

“No hay tristeza en el cielo,
Ni llanto ni amargo dolor.
Estar con Cristo es mi anhelo,
Porque él es mi buen Salvador”.

Trabajó duramente ese día, aunque la camisa se empapaba con su sangre. Pero Dios estaba obrando en el corazón del amo. No podía dejar de pensar en su maldad y crueldad para aquel cuya única falta había sido su fidelidad y se apoderó de él un tremendo remordimiento. Inquieto, trató de dormir, pero no pudo conciliar el sueño. Fue tal su agonía que a media noche tuvo que despertar a su esposa y le dijo que se estaba muriendo. Su esposa le dijo:

- ¿Quieres que llame al médico?
- ¿Hay alguien en la plantación que pueda orar por mí?, dijo el amo.

Antes que rompiera el alba, Sambo fue testigo de la conversión tanto de su amo como de su esposa. El amo y el esclavo se abrazaron. El amor de Dios borró toda diferencia.

Inmediatamente Sambo fue puesto en libertad y después viajó por el sur de los EEUU, con su ex amo, predicando el evangelio, como testigo viviente del amor y poder de Dios.

No siempre estas historia tienen un final feliz, pero siempre Dios usa el testimonio de los suyos.

2.- El modo como debemos servir.

“Con temor y temblor”:

No con miedo a los castigos o reprensiones o a perder el trabajo, de ser acusados de incapaces o inútiles o, en general, de incurrir en el desagrado de nuestro “amo”, sino obligados por una solemne responsabilidad ante Dios y en la presencia de Cristo, con respeto por la autoridad y con el deseo de no dejar nada de nuestro deber sin cumplir. Esto se nota bien en **I Timoteo 6: 2**:

“Y los que tienen amos fieles no los tengan en menos por ser hermanos, antes sírvanles mejor, por cuanto son fieles y amados y partícipes del beneficio...”

y en **I Pedro 2: 18-20**:

“Siervos, sed sujetos con temor a vuestros amos, no solamente a los buenos y humanos, sino también a los rigurosos, porque esto es agradable, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios sufre molestias padeciendo injustamente, porque ¿qué gloria es si pecando vosotros sois abofeteados y lo sufrís? Mas si haciendo bien sois afligidos y lo sufrís, esto ciertamente es agradable delante de Dios”.

Debe respetarse a patrones o jefes cristianos, tanto como a los inconversos.

La misma expresión se usa en **I Corintios 2: 3**:

“Y estuve yo con vosotros con flaqueza y mucho temor y temblor”;

en **II Corintios 7: 15**:

“Y sus entrañas son más abundantes para con vosotros, cuando se acuerda de la obediencia de todos vosotros, de cómo lo recibisteis con temor y temblor”

que “indica la veneración profunda con que los corintios habían recibido a Tito, como un enviado del apóstol y de Dios. Este santo respeto es una de las características más preciosas de la piedad y del amor, ¡Es rara en nuestros días entre los cristianos!” (Bonnet y Schroeder); y en **Filipenses 2: 12**:

“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”.

En estos pasajes se nota claramente que no se trata de “miedo”, sino de “respeto reverencial”: respeto grande, profundo y sincero. Todos los “siervos” debemos prestar el mejor servicio posible no con el miedo de un esclavo, sino con el respeto de hombres y mujeres de buena conciencia, que procuran siempre cumplir sus deberes en todo, cualquiera sean las circunstancias. Un ejemplo luminoso de esto es José (Génesis 37: 13; 39: 2-3, 5-6, 21-23; 41: 12, 33, 37-41, 46-49; 47: 14-20, 23-25).

“Con sencillez de vuestro corazón”:

Con sinceridad, fidelidad, sin hipocresía, aparentando sumisión y obediencia o protestándola verbalmente, pero pensando y sintiendo todo lo contrario, por lo cual en toda ocasión propicia desobedecerá, no trabajará o perjudicará al amo, patrón o jefe. Esta sencillez o sinceridad de corazón excluye que les mostremos gran respeto en su presencia, para luego hablar mal de ellos y quejarnos amargamente, y hasta con maldad, ante nuestros iguales o inferiores, procurando consciente o inconscientemente desacreditarlos e incitar a otros a la rebeldía. Una conducta así es pecaminosa, malvada y cobarde, porque el que esto hace no se atreve a hacer aquello a lo que estimula a otros.

“Como a Cristo”:

Este es el tercer y más importante modo como debemos servir y obedecer: como si el servicio que estamos prestando no fuera para quien o quienes tienen autoridad sobre nosotros, sino como si fuera directamente para el Señor ¡Cómo cambiaría la calidad de nuestro trabajo si estuviéramos dispuestos a obedecer este mandato del Señor, sea en el servicio directo al Señor en la iglesia, sea en nuestra actividad privada, sea en nuestro trabajo secular! Recordemos que es nuestra soberbia y también incredulidad la que nos lleva a comportarnos de otro modo y a no obedecer a esta Palabra de Dios y que esto trae deshonra a nuestro Señor y Salvador. A lo menos esto último debería obrar en nuestras conciencias para cambiar el modo como ahora trabajamos. Al contrario, consideremos que lo que generalmente nos mueve a tratar de trabajar bien es nuestro orgullo y estimación propia, que quieren ser reconocidos y aplaudidos para nuestra propia honra; el temor a la reprensión o a perder el trabajo o a la ambición o necesidad de ganar más, aunque no es malo querer ganar más, siempre que tengamos presente y actuemos en consecuencia, que ganar más debe ir junto con hacer el trabajo y producir más “como siervos DE CRISTO” y que no pongamos el corazón en el dinero; al deseo de ascender en jerarquía y poder.

Se usa aquí la misma expresión que en 5: 22b y tan importante es que se repite cuatro veces en este párrafo: “como a Cristo” (versículo 5), haciendo... la

voluntad de Dios (versículo 6); “sirviendo con buena voluntad como al Señor (versículo 7).

Este hecho significa que todo lo que el cristiano hace tiene un carácter sagrado:

“Porque ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Que si vivimos para el Señor vivimos y si morimos, para el Señor morimos. Así que, o que vivamos o que muramos del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven”

Romanos 14: 7-9,

por lo cual no hay lugar, ni tiempo en que nuestro servicio pueda ser neutral: o servimos al Señor o nos servimos a nosotros mismos y al diablo. Esto es lo que se enfatiza tanto en **Colosenses 3: 17 y 23:**

“Y TODO lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo TODO en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por él...Y TODO lo que hagáis, hacedlo de ánimo, como al Señor y no a los hombres”.

Nada escapa a nuestros deberes sagrados.

En vista de esto ¿podría algún cristiano verdadero, sea el más elevado empleado o funcionario público o el más pequeño empleado de servicio, realizar descuidada, negligentemente, sin ánimo, sin poner el máximo empeño y capacidad en ello, el trabajo que le corresponde? No olvidemos jamás que vivimos y actuamos en la augusta presencia y bajo la mirada escrutadora y siempre atenta del “gran amo de los trabajadores”, quien es el Dios vivo y verdadero.

Versículo 6:

“No sirviendo al ojo, como los que agradan a los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de ánimo la voluntad de Dios”.

“No sirviendo al ojo, como los que agradan a los hombres”.

Esto amplía el punto de vista acerca del modo como debemos servir, presentado aquí negativamente: el trabajador cristiano no debe esforzarse y aun trabajar sólo cuando lo están mirando o controlando; no debe dejar de cumplir su deber por no hacer nada, por dedicarse a charlar o a hablar por teléfono o pretextando enfermedad, porque eso hacen aquellos cuyo único motivo para obedecer y servir es agradar al amo, patrón o jefe, pero que tampoco agradan sinceramente, sino que fingen que se desviven por servir a quien les paga, pero

sólo cuando los están controlando. El trabajador cristiano debe trabajar igual cuando le controlan que cuando no le controlan, porque esto es lo justo. Los que hipócritamente trabajan activamente cuando los están controlando, pero son negligentes y dejados cuando no les miran, pueden oír a sus “amos” decirles: “Bien hecho”, pero el que sabe lo que hay en el corazón, pesa todas nuestras acciones y no olvida nada les dirá en tal caso: “Malo y negligente siervo”.

“Sino como siervos de Cristo, haciendo de ánimo la voluntad de Dios”.

“De ánimo” es **“de alma”** o como diríamos nosotros: “con toda el alma”, es decir, con sinceridad, poniendo nuestro máximo empeño: en cumplir bien nuestra tarea en todo tiempo y condición. Aquí se repite, ampliándolo, el modo de servir señalado al final del versículo 5, dicho ahora positivamente. Trabajar bien, nos miren o no, es el modo como sirve un siervo de Cristo y esta es la voluntad de Dios para nosotros. ¿Cómo nos atreveremos a actuar de otro modo, si realmente reverenciamos y amamos a nuestro Creador y Salvador? Hacer su voluntad debe ser nuestra delicia, nuestra mayor satisfacción, pero ¡ay! tan pocos hoy día reverencian y aman ardientemente a su Señor; tantos, como Israel, se echan a la espalda la Palabra de Dios y su voluntad (I Reyes 14: 9; Nehemías 9: 26; Salmo 50: 17; Ezequiel 23: 35, etc.).

El trabajo de todo creyente se hace inmensamente digno cuando se hace así, sea el de un esclavo, el de un humilde empleado o el de un gerente o alto ejecutivo de empresa, o jefe de un importante servicio público.

3.- El motivo.

Versículo 7:

“Sirviendo con buena voluntad, como al Señor y no a los hombres”.

Esta es la motivación para servir y es lo que permite servir del modo señalado en los versículos 5 y 6.

Cada trabajador debe considerar su servicio como la voluntad de Dios y hacerlo como Cristo: con mansedumbre; con ánimo; con infatigable amor, tanto por el trabajo mismo como por aquellos a quienes servimos. Esto convertirá el trabajo en un placer, en vez de una pesada carga. Nuestro trabajo tiene que nacer de un principio interior, del alma (versículo 6), por lo cual pondremos en él toda nuestra personalidad: pensamiento, afecto y voluntad. Sólo así el trabajo, sea el de un obrero o el de un intelectual, el de un comerciante o el de un predicador, proviene del alma que está detrás de las manos, la lengua o el cerebro.

Este es el trabajo en que el trabajador pone tanto de sí mismo como el trabajo lo requiere o lo permite. Aunque sea secundario, un trabajo hecho con esta motivación, y sostenido así en el tiempo, terminará por traer prosperidad material, aunque sea a largo plazo, al trabajador y su familia y a la nación.

El cristiano, aun en la más humilde posición, tiene siempre este sublime motivo para servir: puede olvidarse de los hombres y tener presente sólo que sirve al Señor, que cuando está trabajando no está cumpliendo un deber sólo con los hombres, sino también con Dios. Entonces la disposición y celo que ponga en su tarea será sólo para merecer la aprobación del Señor. Esto resultará en que servirá con buena voluntad, NO POR FUERZA y así gozará con su trabajo y no vivirá quejándose, amargado e insatisfecho.

“La convicción del trabajador cristiano es que todo lo que produce debe ser suficientemente bueno como para mostrárselo a Dios” (Barclay).

4.- El resultado.

Versículo 8:

“Sabido que el bien que cada uno hiciere, esto recibirá del Señor, sea siervo o sea libre”.

Este será el resultado de servir del modo y con el motivo señalado en los versículos 5 al 7.

“Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras”

Mateo 16: 27;

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano”

I Corintios 15: 58;

En este pasaje “trabajo en el Señor” no es sólo el “espiritual”, sino todo el realizado de acuerdo a lo dicho en los versículos 5 al 7;

“Porque es menester que todos nosotros parezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo”

II Corintios 5: 10.

“No nos cansemos, pues de hacer bien, que a su tiempo segaremos, si no hubiéremos desmayado”

Gálatas 6: 9;

“Y todo lo hagáis, hacedlo de ánimo, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que del Señor recibiréis la compensación de la herencia, porque al Señor Cristo

servís. Mas el que hace injuria, recibirá la injuria que hiciere, que no hay acepción de personas”

Colosenses 3: 23-25:

El que trabaja mal, no para el Señor, cosechará infaliblemente lo que sembró:

“No os engañéis: Dios no puede ser burlado, que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción, mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”

Gálatas 6: 7, 8,

donde “carne” es todo lo que proviene o está de acuerdo con nuestro ser natural, no regenerado y “vida eterna” no es simplemente vida sin fin, sino todas las bendiciones de ser salvos, lo que produce una vida enteramente satisfactoria.

Recordemos el hecho solemne, que debería afectar decisivamente toda nuestra conducta: Dios lo sabe todo, lo ve todo, no olvida nada, por lo cual nada bien hecho será en vano. Puede ocurrir que nuestro trabajo bien hecho no sea reconocido, recompensado ni agradecido aquí en la tierra, lo que ocurre muy a menudo, puede ser que seamos duramente criticados y malentendidos, pero hay UNO que está mirando, que no puede ser engañado, ante el cual no valen, ni se sostienen los sobornos o privilegios, las triquiñuelas de abogados que no temen a Dios, los engaños o distorsiones de los hechos, las calumnias y falsos testimonios; UNO cuyo tribunal final de apelación no puede ser movido a error y que infaliblemente le dará a cada uno lo que en exacta justicia le corresponde.

El premio no estará determinado por la condición social (siervo o libre), ni por la mayor o menor capacidad intelectual o habilidad manual, ni por la cantidad de trabajo y ni aun por su calidad en sí, sino por la FIDELIDAD con que fue hecho, es decir, su calidad en relación con la capacidad y entrega del que lo hizo. Esto se ilustra muy bien en la parábola de los talentos, en Mateo 25: 15-29, donde el que recibió cinco talentos tuvo el mismo premio que el que recibió dos (versículos 21 y 23) y el que fue negligente en su servicio fue severamente castigado; además cada uno recibió según su capacidad (versículo 15), pero el resultado que se consideró no fue la capacidad, sino la fidelidad con que cada uno trabajó. El principio general ilustrado es: “A diferente capacidad, pero igual fidelidad corresponde, igual recompensa. Nótese que esta fidelidad incluye el trabajo secular (5-7). Otra ilustración de estos principios se encuentra en la parábola de las minas, en Lucas 19: 12, 13, 15-26, donde todos los trabajadores recibieron lo mismo (versículos 13, 16, 18 y 20), es decir, tenían la misma capacidad. Pero unos trabajaron más fielmente que otros y recibieron un premio diferente, en relación con esa fidelidad. También aquí el trabajador negligente es severamente castigado (versículo 20), no por poco trabajo o falta de capacidad, sino por su infidelidad en el servicio. Aquí el principio general es: “A igual capacidad, pero mayor fidelidad, mayor recompensa”.

El tiempo en que cada trabajador cristiano recibirá esta recompensa será indudablemente cuando nuestro Señor regrese y juzgue con justicia y conocimiento infalibles nuestras obras. Este juicio es inevitable y su certeza absoluta. Además su justicia será inexorable y completa, es decir, que cada uno recibirá exactamente de acuerdo a lo que hizo, sin que valgan en ese tribunal las apariencias, la hipocresía, ni el engaño. Allí los que sirvieron al ojo y no al Señor se darán cuenta con inmensa pesadumbre que cuando no trabajábamos o trabajaban mal, porque no les estaban controlando, había UNO, sin embargo, de cuya atenta mirada no se podían ocultar y que recuerda todo, sin olvidar cosa alguna. También los que trabajaron bien, como para el Señor, y recibieron un trato injusto aquí en la tierra verificarán que de todos modos valía la pena hacer bien su trabajo.

En ese juicio no valdrán las diferencias existentes aquí en la tierra: el esclavo, el libre, el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, el instruido y el ignorante, el obrero y el intelectual, el hombre de ciudad y el campesino, el ministro cristiano y el laico, todos estaremos en la misma condición delante del Señor y lo único que contará será la fidelidad con que cada uno habrá realizado su tarea personal. No será en juicio de condenación, pero aun en la misma gloria de la presencia del Señor habrá pesadumbre, remordimientos y quien sabe si hasta lágrimas en los ojos de aquellos que nunca quisieron tomar en serio la Palabra de Dios:

“Porque es menester que todos nosotros parezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo”

II Corintios 5: 10;

“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si alguno edificare sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca la obra de cada uno será manifestada, porque el día la declarará, porque por el fuego será manifestada y la obra de cada uno, cuál sea, el fuego hará la prueba. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno fuere quemada, será perdida; él empero, será salvo, mas así como por fuego”

I Corintios 3: 11-15.

Versículo 9:

“Y vosotros, amos, haced a ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos y que no hay acepción de personas con él”.

“Y vosotros, amos, haced a ellos lo mismo, dejando las amenazas”. Aquí encontramos otra vez aquel equilibrio tan característico de la Biblia y que, si se toma en cuenta el tiempo en que fue escrita, con los principios, cultura y condiciones de esas épocas, es una fuerte evidencia de su carácter divino.

La obligación de ser justos y de tratar adecuadamente corresponde tanto al amo como al siervo, tanto al patrón o jefe como al empleado u obrero. En el fondo, la responsabilidad del que manda es mayor, por causa de la posición de poder y privilegio en que se encuentra, según **Lucas 12: 47-48:**

“Porque el siervo que entendió la voluntad de su señor y no se apercibió, ni hizo conforme a su voluntad, será azotado poco, porque a cualquiera que fue dado mucho, mucho será vuelto a demandar de él y al que encomendaron mucho, más le será pedido”

Los que están en una posición subordinada, por lo cual deben obediencia a algún superior deben ser fieles y leales; los que tienen autoridad deben ser amables y humanos y deben buscar el máximo bienestar de los que les sirven.

Los que mandan deben hacer con los que obedecen “lo mismo”, es decir, deben actuar según los mismos principios cristianos que se han exigido de los trabajadores:

“Amos, haced lo que es justo y derecho con vuestros siervos...”

Colosenses 4: 1a:

consideración y buena voluntad, benignidad y justicia (no exigirles más de lo que buenamente pueden hacer; pagarles el salario que corresponda al trabajo que hacen, en lugar de pagar lo menos posible o eludir el pago de la remuneración o de las leyes sociales:

“He aquí el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros, clama y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos”

Santiago 5: 4).

Deben procurar el bienestar de los que les sirven, así como esperan que ellos tengan en cuenta el suyo propio:

“Así que todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos...”

Mateo 7: 12.

Además, deben dejar las amenazas. Cuando esto fue escrito se refería al uso constante del látigo por parte de amos y capataces, porque se consideraba a los esclavos poco más que animales y se creía que el único modo de mantenerles en su posición y hacerles servir era con la tortura y el castigo. Creían que lo único que tenían en su ser moral era el engaño, la traición y la sensualidad y que esto no podía ser reprimido sino por el látigo, es decir, por el miedo. Hoy no se usa el látigo, pero muchos de los que tienen autoridad se acostumbran a tratar a los que dependen de ellos con malos modos y malas palabras, con amenaza constante de despido y de bajar su remuneración, lo que encierra el mismo principio que el uso del látigo, o sea la sujeción y obediencia por miedo al hambre, la necesidad o a la incontrolada ira del patrón o jefe. “Amenazas” implica coacción, fuerza, violencia o compulsión. El patrón o jefe cristiano debe dejar este modo de tratar y reemplazarlo con respeto y buen trato, lo que no significa que debe ser débil. Por lo general es la persona débil de carácter la que procura disimular o solucionar su debilidad con malos modos y palabras, mientras la persona fuerte de carácter no necesita nada de eso para hacerse obedecer: se impone por presencia y por su misma fuerza de carácter. En un liceo donde estudié y fui profesor había un profesor de Inglés de aspecto señorial y modales distinguidos. Nunca gritaba y hacía todo con mucha calma. Cuando entraba a su sala de clases se hacía un silencio completo y a nadie se le habría ocurrido cometer ni el menor desorden. Había también una profesora de Artes Plásticas que se desgañitaba gritando en su clase, que eran un tumulto incontrolable. Se quejaba constantemente de la indisciplina de sus alumnos, pero nunca logró comprender que era su propia debilidad la causante del desorden.

A pesar de que existe gente muy contumaz, es más fácil conseguir obediencia y buen servicio con buen trato que con malo. El mal trato engendra odio; un servicio forzado, que por lo general no es el mejor; y una reacción igualmente mala.

“Sabido que el Señor de ellos y nuestro está en los cielos”. El patrón o jefe cristiano debe actuar también con reverencia hacia su propio amo, que es el Señor, reconociendo que su poder y autoridad no es absoluto y que él tiene igualmente un amo o señor en los cielos. Por esta razón, es decir, puesto que tanto patrones o jefes como trabajadores se encuentran bajo un Amo común, deben vivir de una manera buena unos con otros y en ambos sentidos, sin olvidar nunca que ese Amo común les llamará ineludiblemente a unos y a otros a juicio.

Hay que insistir incansablemente, debido a lo tardos que somos para tomar en cuenta la Palabra de Dios y a obedecerla, en que nuestro amo es el Cristo glorificado, que tiene supremo poder, que todo lo sabe, que nada olvida y que recompensará con justicia infalible.

“Y que no hay acepción de personas con él”.

“Aceptación de personas”: Es la acción de favorecer o inclinarse a unas personas más que a otras por algún motivo o afecto particular, sin atender al mérito o a la razón (Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua). Un padre que

muestra marcada preferencia por uno de sus hijos es culpable de hacer acepción de personas. Esto es lo que nunca hará Dios. Cada uno será juzgado según su carácter, según lo que es en realidad, no según su posición social, intelectual, religiosa o financiera. Todos tendremos que comparecer ante el Juez supremo e infalible y dar cuenta según lo que somos en nuestro ser interior, no según lo que la gente cree que somos, por las apariencias exteriores.

Dicho de otro modo: Dios no es parcial, ni tiene favoritismo. No influyen en él la posición social o el poder humano. Condena tanto “el trato duro por parte del “amo” como la infidelidad del siervo” (Erdman).

Estamos convencidos de que si patrones y jefes cristianos y trabajadores cristianos obran con esta consideración y lealtad mutuas, asegurarán un trabajo muy productivo, tranquilo y feliz, que satisfará a todos y que aun en el caso en que una de las partes no sea cristiana, la conducta de la parte cristiana de acuerdo a la voluntad de Dios producirá en muchísimos casos el mejor resultado y relaciones.

4.- La lucha cristiana. 6: 10-20.

La primera parte de esta epístola se refiere a la gracia de Dios que ha predestinado a los salvados, que ha dado vida a los espiritualmente muertos, que los ha resucitado con Cristo y los ha colocado en lugares celestiales con Cristo. La segunda parte es una serie de exhortaciones para que las virtudes cristianas básicas se manifiesten realmente en todas las relaciones más comunes de la vida, virtudes que constituyen los principales rasgos de la vida cristiana.

Pero nadie debe pensar que por eso basta esperar pasivamente que Dios obre, como tampoco que la victoria final será el resultado de nuestra propia capacidad, virtud o fortaleza. Por el contrario, la vida cristiana es una lucha continua, tenaz e incesante contra enemigos internos y externos poderosísimos, lo que requiere nuestra participación activa con todo nuestro ser: inteligencia y conocimiento, sentimientos y emociones, voluntad, alma y espíritu, junto con la única potencia y fuerza capaz de vencerlos, que es la del Señor.

Llama la atención que de la paz del hogar cristiano, a que ha estado refiriéndose en los párrafos anteriores, pase el apóstol bruscamente a la lucha y el enfrentamiento; por decir así, al campo de batalla. Lo que ocurre es que el diablo odia a la Iglesia y todas las virtudes cristianas y en cuanto una iglesia procura ser sincera y fiel de verdad a la Biblia o cuando un creyente está decidido a que las virtudes cristianas sean una realidad en su vida, el diablo pone en campaña todas sus fuerzas contra esa iglesia o contra ese creyente, mueve guerra contra ella.

Por eso es como si Pablo estuviera viendo venir a esos ejércitos de maldad, llenos de furor, para precipitarse implacables sobre la Iglesia. Así ocurre también con nosotros y nuestra pequeña denominación (la del autor), que Dios ha levantado como una bandera contra la apostasía de nuestros días, nuestra

pequeña denominación que ha decidido ser fiel irrestrictamente a la Palabra de Dios. Asimismo ocurre esto con todos los que individualmente queremos vivir en íntima comunión con nuestro Señor y Salvador.

De ahí que el versículo 10 sea como un vibrante llamado del apóstol a la batalla, como las arengas que los grandes generales dirigen a sus tropas para llenarlas de entusiasmo ante el choque inminente con el enemigo. Este llamado es tanto más necesario cuanto que nuestra guerra es más encarnizada y feroz que cualquiera guerra terrenal y sus consecuencias incomparablemente más significativas: la victoria glorifica a Dios y tiene consecuencias eternas; la derrota destruye parte, a veces gran parte, de la iglesia visible y hace nulo el evangelio en la estimación de los inconversos y de los cristianos muy débiles; hace aparecer como falsa ante ellos la declaración triunfal de **Romanos 1: 16a**:

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es POTENCIA DE DIOS para salud (salvación)...”

Entre las principales divisiones de este ejército de Satanás que viene contra nosotros como una avalancha o inundación se cuentan el modernismo o liberalismo teológico, la neortodoxia (mejor neoliberalismo) y el ecumenismo; el romanismo; el carismatismo; el ocultismo y la Nueva Era, las Sectas Falsas; el neutralismo de los neoevangélicos; el mundo cada vez más apremiante e intenso en su llamado a los cristianos a seguirle a él, dando vuelta la espalda al Señor; y la carne, liberada de toda atadura por la permisividad de la psicología, la sociología y, en general, el humanismo imperante.

Por todo esto no es tiempo para el temor, ni para un corazón dividido, ni para una devoción y fe tibias. A los tales les arrastrará el torrente. Necesitamos de máxima valentía, decisión y de todas las armas espirituales, para mantenernos a pie firme ante el enemigo que viene contra nosotros como río (Isaías 59: 19).

Este párrafo se refiere a:

- a) La naturaleza e identificación del enemigo;
- b) Las armas que hay que usar contra él; y
- c) Como se obtiene la energía necesaria para triunfar en esta guerra espiritual.

El llamado al combate es, pues:

Versículo 10:

“Por lo demás, hermanos míos, confortaos en el Señor y en la potencia de su fortaleza”.

“Por lo demás” es, en el texto tradicional, una partícula conclusiva idéntica a la de Filipenses 3: 1 (“Resta, hermanos”). Es decir, en vista de todo lo dicho y para concluir, es necesario lo siguiente:

Confortaos en el Señor”: robusteceos, fortaleceos, sed fuertes, o sea, adquirid fuerzas, en imperativo, por lo cual es una orden que debemos obedecer, no algo que debemos recibir pasivamente. Si en lo físico recibiéramos una instrucción así, o decidiéramos desarrollar nuestra fuerza muscular, no esperaríamos que esto ocurriera sólo para pensar en ello o por tener el deseo, sino que empezariamos a hacer ejercicios que nos fortalecieran. Esta fortaleza se refiere a un poder o capacidad que nos dé la victoria en la batalla en que estamos empeñados, pero no es algo propio, sino “en el Señor”; en otras palabras, es la fortaleza del Señor la que debemos hacer propia, nuestra. Las fuerzas no hay que buscarlas en nosotros mismos, sino “en el Señor y en la potencia de su fortaleza”. Esta es una redundancia que añade mucho relieve al pensamiento expresado. Se usan los mismos términos que en 1: 19 (“la potencia de su fortaleza”), por lo cual el poder soberano del Omnipotente, que resucitó a Jesucristo nos pertenece también a los creyentes: esa es la potencia que debemos adquirir y que él nos dará, si nos ponemos en condiciones adecuadas, y es la única capaz de vencer en el combate en que estamos empeñados. Nuestra fortaleza consiste en la omnipotencia de nuestro jefe: el Señor resucitado. Más adelante veremos cómo nos ponemos en condiciones de hacer nuestra dicha fortaleza.

En resumen, y por lo importante del asunto: necesitamos tener fuerza para derrotar al poderosísimo enemigo que nos ataca; la única fuerza capaz de derrotarlo es la omnipotencia de Dios; nosotros tenemos que hacer algo para apropiarnos de esa omnipotencia.

Versículo 11:

“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”.

“Vestíos de toda la armadura de Dios”. Una vez más aparece aquí el mismo hecho básico que, como suele ser olvidado en uno u otro sentido, tiene que ser repetido insistentemente, para que se grabe en nuestra conciencia: Hay una orden de PONERNOS la armadura de Dios; él la provee, no consiste en nuestra capacidad, habilidad o fortaleza. Esto es lo primero que tenemos que hacer nosotros para apropiarnos de la fortaleza del Señor: ponernos “TODA la armadura de Dios”.

“Armadura” es “panoplia”, término poco usado en griego y que el castellano ha tomado directamente del griego. Significa una armadura completa, con todas sus piezas. Aparte de este pasaje se usa en Lucas 11: 21-22, donde el “fuerte armado” es Satanás y el “más fuerte que él” es Jesucristo, quien le vence y le arrebató toda su armadura (panoplia), “todas sus armas en que confiaba”. De modo que hay una panoplia del diablo, forjada en el infierno y otra de Dios, forjada en el cielo y que los creyentes tenemos que usar para hacer frente al contraataque desesperado de Satanás, que fue derrotado decisivamente en la cruz.

La panoplia del diablo incluye el odio, la mentira, la incredulidad. Pero más poderosa es la de Dios, que incluye el amor, la verdad y la fe.

A menudo el hombre quiere fabricar o inventar su propia armadura para resistir al diablo: resoluciones propias, no basadas en las promesas y exhortaciones de la Palabra de Dios; reglas morales y vida metódica; retiro físico del mundo; ascetismo: ayunos, privaciones, pobreza, autotortura; celibato; ritos; fuerza de voluntad, etc. Pablo dice que algunas de ellas, cuando son voluntarias y no contrarias a la Escritura, tienen cierto valor (Colosenses 2: 23), pero no pueden dar la victoria sobre un enemigo tan fuertemente armado como Satanás.

Debe destacarse mucho que la exhortación es a tomar TODA la armadura de Dios, porque la victoria depende de la fortaleza que Dios da Y de la fidelidad nuestra para aceptar y usar TODOS los recursos que Dios pone a nuestra disposición en esta lucha a muerte.

“Para que podáis estar firmes contra las acechanzas del diablo”. La tendencia moderna es a negar la existencia de un espíritu personal del mal. Frecuentemente el diablo no es más que un motivo para hacer chistes o para burlarse de los creyentes. Para la mayoría no es más que una figura de lenguaje, un modo de decir, un mito, lo cual debe de serle muy satisfactorio, pues procura siempre pasar desapercibido y se disfraza para que no le descubramos:

“Porque estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, transfigurándose en apóstoles de Cristo y no es maravilla, porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz”

II Corintios 11: 13-14.

Le conviene mucho que se niegue su existencia, para conseguir sus objetivos.

Pero las Escrituras no dejan lugar a dudas acerca de su existencia personal. Ningún lector desprejuiciado de la Biblia puede negar esto, debido al lugar prominente que se le asigna. Por su parte, Jesús, que combatió tantas nociones supersticiosas de su tiempo y que decía lo que sabía y testificaba lo que había visto (Juan 3: 11) respecto al otro mundo, no deja lugar a dudas acerca de su creencia en la existencia de un diablo personal. Hay que torcer el sentido más claro de las Escrituras en forma escandalosa y violenta o deshacerse completamente de su inspiración y origen divino para negar que ellas y Jesús enseñan sobre la existencia real de Satanás.

¿Por qué dicen los teólogos modernistas que todo lo referente a Satanás es mito o fábula? ¿De dónde proviene este pensamiento? De su propia mente y deseo, sin ninguna evidencia objetiva. Nosotros creemos que existe el diablo descrito en la Biblia porque ella lo dice, por inspiración divina y, secundariamente, porque todos somos testigos y objeto de sus ataques y acción incesante.

Satanás posee la forma más desarrollada de inteligencia depravada y mentirosa. Leemos de sus pensamientos, de sus asechanzas, de sus sutiles y metódicos engaños e imposturas, de sus seducciones, de sus tentaciones llenas de astucia, propias del combatiente desleal, que recurre a toda clase de estratagemas y ataques astutos, arteros. Leemos de sus calumnias contra Dios y el hombre, de donde proviene su nombre de “diablo”: “calumniador”, “traidor”.

Satanás es el autor de las falsedades y mentiras, errores y calamidades de este mundo. El engaño, el odio y la soberbia son sus principales atributos. De ahí que el Señor le llame “homicida” y “padre de mentira” (Juan 8: 44). Actúa a menudo por medio de gente mala, que se presta voluntariamente como instrumento para ejecutar sus malas inclinaciones. Por eso todo el que es injusto y NO AMA A SUS HERMANOS es “hijo del diablo” (I Juan 3: 10). Se le llama “príncipe de este mundo”, jefe de los poderes de las tinieblas, gobernante y “dios” de este siglo (Juan 12: 31; II Corintios 4: 4). Es el gran enemigo de Dios, de Cristo y del pueblo de Dios. Debido al inmenso poder del que está provisto, podía cumplir lo que le dijo al mismo Señor:

“Y le llevó el diablo a un alto monte y le mostró en un momento de tiempo todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad y la gloria de ellos, porque a mí es entregada y a quien quiero la doy, pues si tú adorares delante de mí, serán todos tuyos”

Lucas 4: 5-7.

Posee el máximo poder de lo moralmente corrompido. Sin embargo, no es Dios y sólo puede actuar hasta donde Dios se lo permite. Por eso dicen las Escrituras:

“No os ha tomado tentación sino humana, mas fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar, antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar”

I Corintios 10: 13;

“Y un día vinieron los hijos de Dios a presentarse delante de Jehová, entre los cuales vino también Satán. Y dijo Jehová a Satán: ¿De dónde vienes? Y respondiendo Satán a Jehová dijo: De rodear la tierra y de andar por ella. Y Jehová dijo a Satán: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? Y respondiendo Satán a Jehová, dijo: ¿Teme Job a Dios de balde? ¿No le has tú cercado a él y a su casa y a todo lo que tiene en derredor? Al trabajo de sus manos has dado bendición, por tanto su hacienda ha crecido sobre la tierra. Mas extiende ahora tu mano y toca a todo lo que tiene y verás si no te blasfema en tu rostro. Y dijo Jehová

a Satán: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano, SOLAMENTE NO PONGAS TU MANO SOBRE ÉL...”

Job 1: 6-12;

“Y otro día aconteció que vinieron los hijos de Dios para presentarse delante de Jehová y Satán vino también entre ellos, pareciendo delante de Jehová. Y dijo Jehová a Satán: ¿De dónde vienes? Respondió Satán a Jehová, y dijo: De rodear la tierra y de andar por ella. Y Jehová dijo a Satán: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado de mal y que aún retiene su perfección, habiéndome tú incitado contra él, para que lo arruinara sin causa? Y respondiendo Satán, dijo a Jehová: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Mas extiende ahora tu mano y toca a su hueso y en su carne y verás si no te blasfema en tu rostro. Y Jehová dijo a Satán: He aquí él está en tu mano, mas GUARDA SU VIDA”

Job 2: 1-6.

No hay que olvidar, además, que en sus tratos con Jesús demostró gran ignorancia y permitió que su odio le cegara completamente el entendimiento.

De todos modos es un enemigo formidable para nosotros, que está siempre asechándonos, inclinándonos al pecado, engañando nuestra mente, haciéndonos creer que lo malo es bueno y lo bueno, malo y engendrando o sugiriendo malas ideas nuestra mente. De él provienen todas las falsas ideas y ciencia de los incrédulos.

Las “asechanzas del diablo” se refieren a sus ataques y tentaciones llenos de astucia, a su sistemática estrategia, que aprovecha toda debilidad para atacar, a las múltiples combinaciones del error, a su arte para seducir y tentar, a sus innumerables formas de engaño e injusticia.

¡Quiera Dios que nosotros, como Pablo, no ignoremos sus maquinaciones (II Corintios 2: 11)! Contra tan formidable enemigo sólo vale la fortaleza del Señor y TODA su armadura:

“Hijitos, vosotros sois de Dios y los habéis vencido, porque el que en vosotros está es mayor que el que está en el mundo”

I Juan 4: 4.

Versículo 12:

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra señores del

mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires”.

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne”. Esto significa simplemente que nuestra lucha no es contra hombres. Pero tras tan sencilla declaración hay un mundo de ideas subyacentes o implicadas.

La sangre y la carne significan la naturaleza caída del hombre, en la cual reina el pecado:

“Esto empero digo, hermano que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”

I Corintios 15: 50.

Esa naturaleza caída, sea la nuestra, sea la de los demás seres humanos, nos tienta continuamente. Sin embargo el apóstol dice que no es ese adversario contra el cual tenemos que luchar, a pesar de que entonces esa clase de adversarios eran poderosos en Éfeso y estaban tratando intensamente de trastornar a los creyentes y a la iglesia. Primeramente estaban “las bestias” (I Corintios 15: 32): el populacho de Éfeso, fácilmente excitable y siempre dispuesto a destrozar a cualquiera que atentara contra su falsa diosa “Diana de los efesios” (Artemisa); después Alejandro el calderero (II Timoteo 4: 14); los judíos de Asia (Hechos 21: 27-31); Demetrio, el platero (Hechos 19: 24-34). Bien podían las acciones de estos aterrorizar a los creyentes, pero Pablo las considera de poca importancia, en comparación con una potencia muy superior de la cual sólo son dóciles instrumentos: Satanás, que los anima y los dirige. Los adversarios humanos causan mucho dolor y daño con sus armas materiales y sus persecuciones y oposición, pero quien está detrás de ellos usa armas incomparablemente más dañinas que el fuego que consume las cosas o los cuerpos.

Calvino dice, al comentar este pasaje: “Debemos recordar estas palabras cada vez que somos tentados a tener un espíritu vengativo a causa de las punzantes injurias de los hombres. Porque cuando nuestra naturaleza nos impulsa a arrojarnos contra ellos con todas nuestras fuerzas, esta pasión irrazonable debe ser reprimida y refrenada de inmediato, al considerar que esos hombres que nos perturban sólo son dardos arrojados por Satanás y que cuando nos disponemos a arrojarnos sobre ellos nos exponemos a toda la fuerza de los golpes (del diablo). Luchamos así contra la carne y la sangre, pero sin éxito; más todavía, esa lucha nos daña. Hay que atacar directamente al enemigo que está detrás de ellos, quien desde las tinieblas nos ataca y hiere y aun antes de que sospechemos su presencia, puede matarnos”.

“Sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales”. “Sería difícil decir en términos más positivos que los que usa aquí el apóstol, que hay, fuera de la corrupción natural del hombre, una potencia del mal mucho mayor, del cual los

malos son esclavos, y que está en lucha continua contra el reino de Dios y los que le pertenecen” (Bonnet y Schroeder).

No podemos saber si esto describe diferentes órdenes de demonios o son maneras diferentes de referirse a los ángeles caídos, en general, y, tal caso, alusiones a sus diferentes campos acción. Si el caso fuera lo primero, tampoco sabemos nada acerca de las relaciones de estos órdenes entre sí. Pero algo es claro: son espíritus temibles.

Igual que respecto a Satanás, los teólogos apóstatas y los filósofos humanistas niegan su existencia y los psicólogos no cristianos quieren reducirlos a tendencias atávicas del mismo ser humano y características síquicas subconscientes o inconscientes. Pero, entonces, ¿cómo se originó todo el mal que hay en la tierra? ¿Cómo pueden ser “tendencias atávicas” cuando hay infinidad de maldades humanas que no tienen paralelo en el mundo animal? La expresión: “Es una bestia” es realmente una ofensa gratuita contra los irracionales, que jamás cometen las aberraciones de que son capaces los seres humanos.

Muchos de los argumentos que se esgrimen contra la existencia de estos malos espíritus son los que se usan contra la existencia personal de Satanás y basta llevarlos un poco más lejos para negar también con ellos la existencia de Dios. Los que por ser salvos, luchamos para vivir una vida buena y resistir las tentaciones del mundo sabemos bien que la maldad no es algo impersonal, una simple inclinación nacida de nosotros mismos, sino que existen fuera de nosotros poderosas fuerzas que influyen en nosotros, nos tientan, nos sugieren malos pensamientos, imágenes y acciones. No podemos verlas ni tocarlas, porque son espíritu, no apelan a nuestra materialidad.

La Palabra de Dios es muy clara al respecto: son demonios, ángeles caídos (II Pedro 2:4; Judas 6), bajo el gobierno de Satanás (Lacy). Podemos suponer que originalmente todos los ángeles tenían libre albedrío, por lo cual, cuando Satanás se rebeló contra Dios pudieron, parte de ellos, tomar el partido del diablo y llegar a ser estos seres espirituales malignos que se mencionan en este versículo.

En general, los nombres que se les asignan indican que dominan la vida social en todo el mundo y que su dominio es de tinieblas, es decir, de error, engaño, maldad, injusticia, odio e incredulidad. Esto explica el uso generalizado de la mentira por parte de los gobernantes políticos, a pesar de que pocos son verdaderamente engañados por ellas; los crímenes aberrantes que producen fuerte rechazo y que se cometen a diario en cada rincón de nuestra tierra; y la facilidad pasmosa con que los seductores de toda clase atrapan a sus víctimas incautas.

Las “malicias espirituales” se refieren a los espíritus malignos que infectan literalmente este mundo. Es posible que al revelarse contra Dios, parte de su castigo haya sido ser despojados de alguna clase de cuerpo que poseían (Judas

6) y que esto explique su empeño por apoderarse de un cuerpo, como es tan notable en los evangelios.

Sin embargo, hay que tener cuidado con andar viendo demonios en todas partes y con atribuirles lo que Dios no les permite hacer. Las enfermedades, en general, no son obra demoníaca directa, sino acción de microorganismos que nos invaden y perturban el funcionamiento normal de nuestros cuerpos o fallas físico-químicas de nuestros procesos biológicos o alteraciones mecánicas de nuestros órganos. No existe un demonio del resfriado, de la diabetes o de la artritis, aunque pueden tener poder para poner en acción los agentes que producen las enfermedades (Job 2: 7-8). Mucho menos pueden identificarse nuestros pecados con demonios. Tampoco existe un demonio de la lujuria o de la avaricia, sino que ellos pueden sugerirnos que cometamos pecado, pueden hacer brotar ideas e imágenes de nuestra mente, pero no tienen poder para obligarnos a hacerles caso y a dejarnos llevar por ellas. Cuando pecamos, somos nosotros los que decidimos actuar conforme a esas ideas e imágenes, por eso no podemos eludir de modo alguno nuestra responsabilidad personal cuando pecamos. Nótese que en las grandes confesiones de pecado que aparecen en la Biblia nunca se culpa a los demonios por ello: II Samuel 12: 13; Salmo 51: 4; Esdras 10: 2; Daniel 9: 4-8; I Timoteo 1: 13.

“Los demonios asaltan la voluntad y la conciencia; nos siguen aun a las regiones del pensamiento espiritual, de la oración y la meditación. Por eso las armas de nuestra milicia, como las que usaba el apóstol (II Corintios 10: 2-5), “no son carnales”, sino espirituales y “poderosas en Dios” (Findlay).

Los asaltos del diablo a menudo no son evidentes. Suelen ser influencias siniestras que afectan muy directamente nuestros espíritus y que amenazan a veces hasta la luz que hay en nosotros, tratando de apagarla. Más que las armas de nuestros enemigos humanos son éstas las que tenemos que resistir y LA LUCHA VICTORIOSA CONTRA ESE ASALTO ESPIRITUAL TEMPLA NUESTROS ESPÍRITUS HASTA HACERLOS INDOBLEGABLES ANTE EL ENEMIGO.

En el Padre Nuestro (Mateo 6: 13), Jesús nos enseñó a orar para que seamos librados de tentaciones, porque podemos caer a causa de nuestra debilidad, pero en Santiago 1: 2-4 se nos dice que nos gozamos en las tentaciones, porque la victoria sobre ellas nos fortalece. Supongo, y creo que con fundado motivo, que esa es la razón por la cual nuestro Señor le permite al diablo y a sus demonios tentarnos.

“Algunos están constitucionalmente más expuestos que otros a estos asaltos interiores. Hay condiciones del cerebro y de los nervios, tendencias profundas, que le dan ventaja al adversario de las almas. Esas son las oportunidades que usa el tentador; no son la tentación misma, que proviene de una fuente oculta y objetiva, es decir, de fuera de nosotros. En la misma forma, en las pruebas de la Iglesia, en los grandes asaltos contra sus verdades vitales, son

las condiciones externas históricas las que proveen el material para los conflictos que tiene que enfrentar, pero el agente del cual provienen y el que las pone en acción, el amo que domina esas fuerzas hostiles, es Satanás”...”La Iglesia estaba comprometida en un doble conflicto: de la carne y del espíritu. Por un lado la asaltaban las seducciones materiales del paganismo y el terror de las fieras persecuciones. Estas fuerzas se oponían a la verdad cristiana desde afuera, pero se hacían mucho más peligrosas cuando lograban infiltrarse en la Iglesia misma, corrompiendo su enseñanza y práctica...Es más de la herejía que de la persecución que el apóstol está pensando aquí...” (Findlay).

Para enfrentar los asaltos de Satanás hay que:

- a) Conocerse a uno mismo mediante, y a la luz de, la Palabra de Dios;
- b) Orar a Dios para que nos libre cuando estamos proclive a caer; y
- c) HUIR DE LA TENTACIÓN.

“En los aires”. Literalmente: “en los cielos”. La traducción es una interpretación del original sugerida por 2: 2. Pero allí se usa la palabra “aire”, mientras que aquí se usa la palabra “cielos”. Esta interpretación proviene muy probablemente de que no puede aceptarse que estos espíritus malignos tengan su morada o se les permita entrar libremente al cielo. Es verdad que a Satanás, como a un intruso, se le permite presentarse delante de Dios por especial permisión suya (Apocalipsis 12: 10 y Job 1 y 2) y que aun, ocasionalmente, Dios le permita a alguno de estos demonios comparecer ante él (I Reyes 22: 21-22), pero la muchedumbre de ellos fue expulsada del cielo y no tiene acceso a él (I Pedro 2: 4).

Sin embargo, el escrúpulo del traductor es injustificado. La Iglesia mora ya, por la fe, en los lugares celestiales (1:3, donde se usa el mismo término que aquí) y es en esos lugares de su fe y esperanza donde es asaltada por las potencias del infierno, de modo que la expresión se refiere al campo de batalla, no a la morada de los demonios. El pasaje podría traducirse: “Nuestra lucha se realiza...en los lugares celestiales”, como lo interpretaban muchos antiguos comentaristas griegos.

“La vida de la Iglesia está escondida con Cristo en Dios”; su tesoro está en los cielos. Es asediada por una filosofía y vano engaño que pervierte sus más elevadas doctrinas, niebla su visión de Cristo y limita su gloria y amenaza derribarla de los altos lugares donde se sienta junto a su ascendido Señor (Findlay).

En el tiempo en que fue escrita esta carta el gran asalto provino del gnosticismo, “doctrina filosófico-religiosa, mezcla de cristianismo, judaísmo y creencias orientales, que pretendía tener un conocimiento intuitivo y misterioso de lo divino” (Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española. 21ª edición). El gnosticismo amenazó durante más de un siglo la fe cristiana con sus sutilezas metafísicas y su falso misticismo. El conflicto fue realmente

trascendental, es decir más allá de lo puramente terrenal, porque concernía a lo celestial.

El conflicto actual entre las variadas “teologías” modernas y la fe cristiana bíblica es igualmente vital. No son simplemente una u otra doctrina las que son asaltadas, por básicas que ellas sean, como la naturaleza de la expiación, la inspiración plenaria y verbal de la Biblia, etc., sino la misma existencia personal de Dios, la verdad histórica del cristianismo y la realidad de lo sobrenatural. El cristianismo tiene que luchar por su misma supervivencia. Se niega al Dios de la Biblia. Se abandona la adoración bíblica. Se proclama que nuestros tesoros en el cielo son ilusorios y vanos. Todo lo celestial y espiritual es reducido a fábula, mito o cuentos de hadas. El pensamiento religioso moderno demuele los fundamentos mismos de la fe y ataca la esencia de la vida espiritual. Para muchos la incredulidad es algo más serio y riguroso que la fe.

Crisóstomo dice: “El apóstol remece a los lectores, haciéndoles pensar en lo que está en juego. Después de decir que nuestros enemigos son poderosos, agrega que son grandes posesiones las que procura arrebatarnos. Cuando dice en LUGARES CELESTIALES, lo que implica es LO CELESTIAL. ¡Cómo debería despertarnos y hacernos pensar el conocimiento de que el conflicto involucra grandes cosas y que igualmente grande será el premio de la victoria. Nuestro enemigo lucha por arrebatarnos el cielo”.

La Iglesia posee un tesoro incomparable que nadie puede arrebatarla mientras guarde firmemente en su corazón la fe en Cristo y su esperanza celestial. ¡Pero si pierde esto último, si es despojado del cielo y del Padre celestial como si fueran sueños infantiles, si a Cristo se le devuelve a la tumba, lo ha perdido todo! (Findlay).